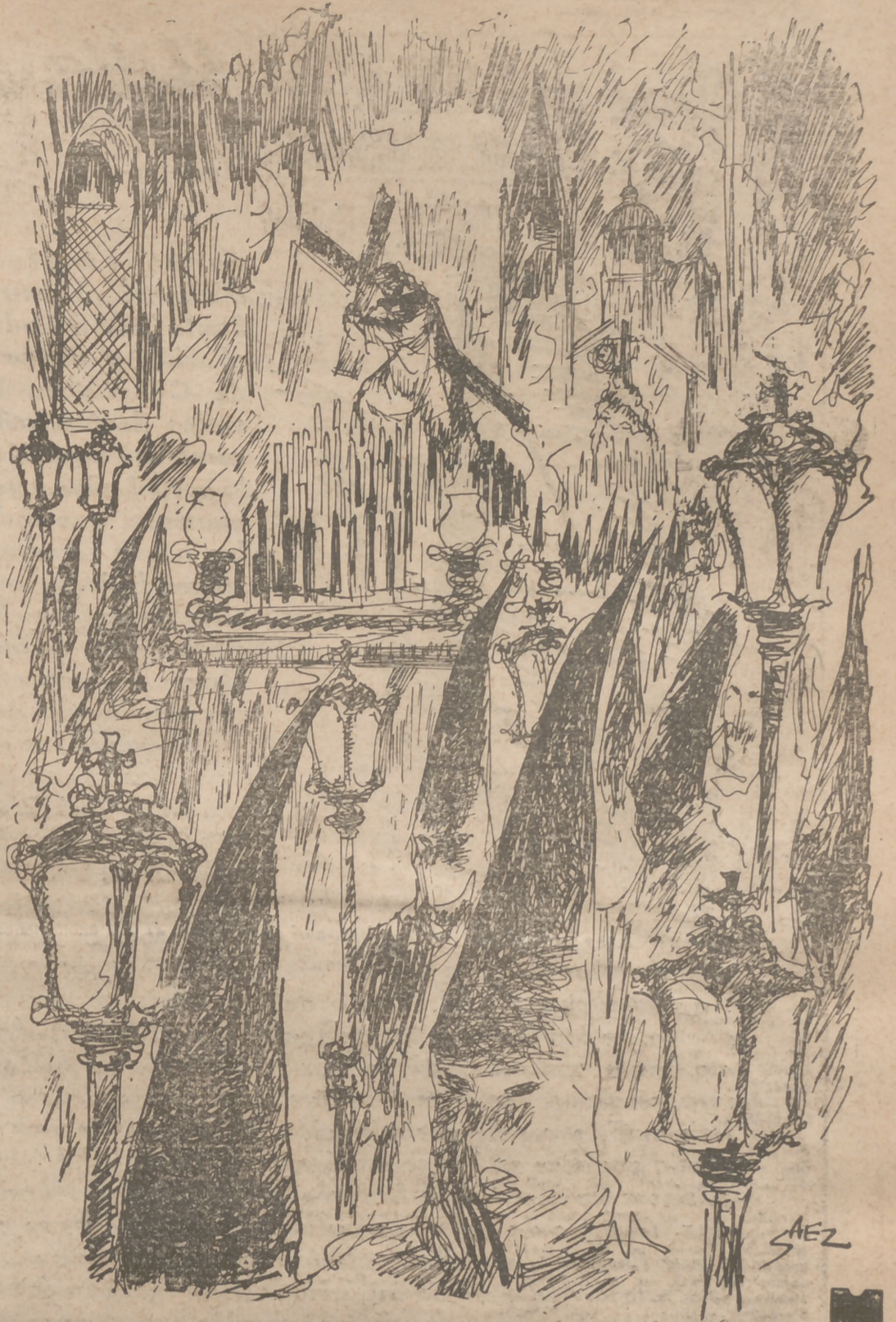


PUEBLO

SUPLEMENTO AL NUM. 2.981 MADRID, 6 DE ABRIL DE 1949



SEMANA SANTA 1949 • PUEBLO

No tiene
par en el mundo
la

SEMANA SANTA
española

SEMANA SANTA 1949 • PUEBLO • SEMANA SANTA 1949 • PUEBLO • SEMANA SANTA 1949 • PUEBLO

SEMANA SANTA 1949 • PUEBLO • SEMANA

SANTA 1949 • PUEBLO • SEMANA SANTA 1949 • PUEBLO

RID, M
A
L
L
da qu
25 de
me
Es en
la Bl
tit es
do co
ce qu
de
el
uso
por
al"
Ji
S
Val
ad
o
HEN
DE LO
FRANCO
NTICO
UN DIS
Y CIEN
EN SU
MISSOURI
MENTE
TAR DE
LA EURO
A RUSIA
ua-
a l
por
arta
ur-
on-
para
evi-
que
denes
elación
antiosa
ngton.
terre-
la Ca-
en les
Jau-
testar,
según
lor de
OL
AN
NID
TRAL-
AS - M
LUIS
URO



cuantos nos lean decimos: ¡Semana Santa española! ¡Pasión y muerte de Cristo en las calles de España, como un espectáculo actual, vivo y permanente, que todos los años se renueva con la incorporación de las muchedumbres convertidas en verdaderos actores del drama! Cuando los extranjeros preguntan el por qué de esta magnética personalidad de la Semana Santa española y contestan un poco arbitrariamente y por senderos de Baedeker con el ejemplo de la imaginaria castellana y andaluza o de la fantástica escenografía de los cielos y los suelos de España, es porque no han echado a su alrededor una ojeada de testigos imparciales sobre el pueblo que les rodea y por eso no han podido ver la participación incomparable del corazón popular en la evocación dramática y sangrienta. ¡Cristos de Montañés, Dolorosas de Gregorio Hernández, ángeles de Salzillo: un mundo de imágenes con calor humano, de leños palpitantes, de maderas vivas, labradas, más que con la gubia, con el corazón del artista y traídas junto a nosotros con las expresiones más reales y terrenales que un alma candorosa puede imaginarse! La rica predilección de la piedad española por ciertos "santos" se acredita en la manera humana con que los han tratado los artistas creadores. No sabrían tallarlos de otro modo, ni el pueblo comprenderlos de distinta manera. Las figuras de la Pasión, aunque estén labradas con la palabra de orfebre de un Miró, son profundamente humanas, nuestras, hasta españolas, diríamos. Efectivamente, españolas no sólo por la mano que las ha traído al mundo, mas también por el sentido realista de su expresión, entre divina y humana. El sublime triunfo del arte español—también su característica notoria—reside en esa humanización de los personajes celestiales. La poderosa y cálida personalidad de los artistas españoles no sabría reproducir un personaje divino sin facilitarle a la vez trazos profundamente humanos.

Con yerro se habla de los Cristos "terribles y ensangrentados" del arte español, frase afecta a cronistas extranjeros incapaces de esa íntima comunión con el lado humano del drama del Calvario. Cierto: terribles y ensangrentados, como fué su Divino original sobre el Gólgota. Cristos en los que no hay concesiones almibaradas ni graciosas a la posible exquisita sensibilidad de los contempladores. No; el Cristo fué verdaderamente así, pendiente de la Cruz en un terrible escorzo, el cuerpo estremecido de fiebre, los labios palpitantes de sed, los ojos semicerrados por la tortura, el pelo lacio y sudoroso, la sangre coagulada en las llagas... Y la Dolorosa también tuvo que ser como nos la pintan, con todos los atributos de la maternidad herida: el rostro arrasado por las lágrimas, la vista que no se atreve a alzarse hacia el Madero, las manos arrecidas bajo el manto... ¡Grande, magnífica, única imaginaria española!

Es nuestra España el pueblo que más se ha aproximado al drama de la Pasión; también el que lo renue-

va todos los años con más exacto fervor. El pueblo es incapaz de alzarse hacia el cielo; lo siente, lo ve, comprende perfectamente sus maravillosas dimensiones, pero mientras la vida lo ligue a la tierra seguirá pensando muy humanamente en los ámbitos celestiales; los traerá hacia sí, llamará a los seres divinos a sus templos, a sus calles y a sus plazas y convivirá con ellos muy familiar y llanamente, a la española, dirigiéndoles—sin irrespetuosidad alguna—palabras de confianza intímida a los santos y piropos a las Vírgenes.

Esta es justamente la gran fuerza de la Semana Santa española, lo que de ella hace un espectáculo impar en el mundo. No hay lugar (menos que ninguno Oberamengau) donde las escenas de la Pasión adquieran tan vivo realismo. Ayuda todo, desde la fisonomía popular hasta la austeridad del cielo y del suelo, en muchas partes bíblico y hierosolimitano sin esfuerzo, y hasta parece más de Jerusalén que el descrito por Josefo. ¡Peladas riberas del Mediterráneo, con espartizales y olivos, mar añil y cielo violeta; andaluzas ciudades traspasadas por el vuelo dramático de la saeta; llanuras ascéticas de Castilla, estáticas bajo el cáliz infinito del cielo...! ¡Qué gran pueblo y qué gran paisaje para la Semana Santa!

* * *

Entre el Domingo de Ramos y el Sábado de Gloria la liturgia se alimenta de dolor y de ilusiones, de rezos y de esperanza en el nombre del Salvador. El tremendo misterio del Dios hecho hombre y sacrificándose por amor a sus hijos lo llevamos un poco dentro de nosotros todos los españoles. Aun los más descreídos (si puede haberlos en pueblo de gentes tan apasionadas) sienten en lo profundo de su alma la fuerza dramática de estas escenas, en las que participa todo un pueblo con dolor y—¿por qué negarlo?—con íntima alegría a la par, con el consuelo de saber que el atroz sacrificio es el precio pagado por la propia sangre de Dios para nuestra redención y que las culpas del género humano se salvan en el dolor de Cristo. ¿Quién habrá capaz de resistir el amor puesto en los hombres por quien para salvarlos dió a su Hijo el cáliz del martirio? ¡Gran lección de amor que el mundo necesita hoy más que nunca y tiene en los españoles los paladines de la fraternidad ecuménica, del sentido del prójimo sin distinción de razas, de colores, de distancias ni de diferencias sociales! Reconozcamos aquí uno de los grandes resortes del carácter español, en buena parte debido a la idea de Cristo. ¿Qué otro pueblo habrá que, como el nuestro, tenga tan absoluta idea de la igualdad de los hombres, si no es por la conciencia de su origen común en la voluntad divina?

Son todos estos factores los que hacen de la Semana Santa española un espectáculo único en el mundo cristiano. Nos detenemos con cierta reserva ante la palabra "espectáculo", escrita acaso un poco a la ligera, al correr de la máquina. ¿Espectáculo? ¡En modo alguno! Aquí no se da una ficción, sino la verdad misma, el drama traído a nuestro tiempo, y todos lloramos con los sufrimientos de nuestro Redentor, porque, de verdad, él sufre a la par de nosotros camino del suplicio. Sufre desde antes del suplicio, cuando las verdades maravillosas e íntimas que con voz celestial hablan en su corazón, le anuncian la traición próxima, la bafa, la condena y el suplicio. Él lo sabe todo, mientras sus discípulos duermen confiados. Él espera serenamente en el huerto de Getsemaní el resplandor de la primera antorcha de los soldados romanos, y entretanto ha pronunciado las proféticas palabras que luego arrasarán de lágrimas el rostro de sus más amados discípulos. "Lo que haces—dijo a Judas—hazlo

pronto." Y lo dijo con prisa de acelerar el martirio, porque su esencia divina no empecía a la naturaleza humana que había en Él y le alejaba naturalmente de la idea del dolor. Con esas palabras de Jesús, su discípulo Judas penetró en las eternas tinieblas, mientras el Maestro caminaba hacia la luz. Pedro ya había dicho: "Aun cuando todos te negasen, yo no te negaré jamás." Y vinieron en seguida las palabras insuperablemente proféticas de Jesús: "Esta misma noche, antes de que el gallo haya cantado dos veces, tú me habrás negado tres."

¡Qué próximas y qué verdaderas todas estas escenas, a pesar de que transcurrieron hace dos mil años! En tanto tiempo, las palabras siguen vivas. La mano rencorosa del tiempo no ha podido borrarlas de la memoria y del corazón de los hombres. ¿Hay momento más actual y vivo que ese del huerto de Getsemani, adormecido en la noche de Nizán, mientras la luna del décimocuarto día ilumina melancólicamente el monótono ajedrez de cúpulas y terrazas en la orgullosa Jerusalén? Jesús conoce su destino y no se resiste a pronunciar palabras de debilidad humana: "Mi alma tiene mortal tristeza." No temamos las palabras; Jesús medita y se espanta: "Padre, haced, si es posible, que se aleje de mí este cáliz." Pero otras palabras están escritas desde tiempo inmemorial, otras palabras dictadas por la voluntad divina para salvar a los hombres. No; no será posible... Jesús lo comprende; su voluntad sería salvarse, perderse otra vez en las callejuelas de su Nazaret, conversar con los toscos y sencillos discípulos... No; no será posible... Entonces suspira y exclama: "Cúmplase tu voluntad y no la mía." Entretanto, los discípulos duermen.

¿No volvéis a ver todo esto en la Semana Santa española, no como la evocación de un suceso pasado sino como un drama actual, vivo y presente en las conciencias de todos los españoles? ¿No veis que son auténticas las lágrimas colocadas en la faz de la Dolorosa por nuestros imagineros? ¿No es de verdad un cuerpo vivo aquello que se desploma en la cruz? ¿No es cierto y contemporáneo el Santo Entierro? ¿No asistís llenos de gozo a la Resurrección? ¡Ah, sí; todo eso responde a la más acendrada verdad, reproducida con singular patetismo por nuestros imagineros y sentida con acentos de dolor propio por el pueblo...! Nunca el hombre se acerca más a Dios que cuando se peca de este sublime misterio; nunca somos más criaturas suyas, rebeldes, pecadoras, fratricidas, blasfemas y por eso mismo pendientes de su divina misericordia. Como en el poema del ladrón piadoso, de Gonzalo de Berceo, el amor de Dios nos redime de las más tremendas impiedades.

* * *

Tal es el significado de la Semana Santa española; tales cosas hacen de ella la más cierta representación de la Pasión a dos mil años de distancia de aquella memorable noche en que el Hijo del Hombre cayó en manos de los sacerdotes conjurados para perderlo. Sacerdotes, escribas y fariseos de consuno trabajaron la perdición de Jesús para conservar los privilegios de un Templo que ya comenzaba a tambalearse en la fe del pueblo judío y que pocos años después iba a ser destruido por los soldados de Tito. Poco le quedaba de vida a Jerusalén, siquiera fuese una miserable existencia sometida a los caprichos de un despótico y desdenoso extranjero; mas no quiso sumirse en la dispersión sin antes consumir el crimen de los crímenes: matar al Hijo de Dios. La escenografía tiene una fuerza excepcional: el huerto de oscuros olivos, silencioso en la callada noche primaveral; a lo lejos, algunas luces en la ciudad, abrumada por la altísima muralla del

templo; arriba, pálidas estrellas casi desvanecidas en el cielo barrido por la claridad de la luna, y aquí, Jesús dejándose besar de Judas. No hay una palabra de condenación en el Maestro; sólo esta suave admonición: "Amigo, ¿por qué has venido?" Un gran silencio en el huerto, roto de vez en cuando por el lúgubre alerta de la guardia antoniana sobre la ciudad. Y otra vez Jesús: "Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?" No hay una vacilación, ni un rasgo de temor, ni la disculpable voluntad de disimularse frente a la feroz tropa de hombres armados: "¿A quién buscáis?" "A Jesús de Nazaret." "¡Soy yo!"

* * *

La Semana Santa española no tiene par en el mundo por un conjunto de circunstancias naturales, artísticas y populares, que sólo aquí pueden darse, desde el paisaje de las ciudades hasta el paisaje de las almas. Todo en España parece estar preparado para servir de adecuado marco a las escenas de la Pasión, ya sea en los interiores sombríos de nuestras Catedrales o en los pasos luminosos de nuestras calles; en los altos cielos que invitan al alma a evadirse hacia ellos y en los ojos profundos de las mujeres, donde se refleja la angustiada maternidad de Nuestra Señora. ¿Y qué diremos de la representación artística de los personajes de aquel singular drama? ¡Retablos de Berruguete, figuras con el estremecimiento corporal de la auténtica vida; Entierro de Cristo y Descendimiento, de Juan de Juni, o su "Virgen de los Cuchillos", que se venera en la iglesia de las Angustias, de Valladolid, y no puede contemplarse sin escalofríos; espeluznantes Cristos yacentes, de Gregorio Hernández, terribles sayones en torno a la Cruz; retablo de San Isidoro del Campo, de Montañés, o del convento de Santa Clara, de Sevilla, y, mejor aún, sus imágenes procesionales, Concepciones con el manto recogido graciosamente bajo el brazo derecho, Cristo de la Agonía, Jesús Nazareno de la Pasión...; Crucificado de Alonso Cano; Dolorosas guapas de Pedro de Mena, y la soberbia "Oración en el Huerto", de Salzillo..., y tantas y tantas prodigiosas creaciones del arte, talladas con una absoluta sumisión al carácter español y a su forma realista y dramática de ver los acontecimientos de la Pasión! Y la violenta luz de los amaneceres por tierras andaluzas y las notas trágicas del ocaso en Castilla, cuando el sol cae en la línea recta del horizonte como una copa de oro que se hunde en el mar, y las callejas tortuosas donde la muchedumbre aguarda horas y horas los "pasos" y ese balcón florido donde llora una mujer o brota una saeta en la inmovilidad de un crepúsculo dorado y violeta, y el sombrío interior de los templos propicios al goce de las almas ascéticas... Todo esto hace de la Semana Santa española un suceso donde las sensaciones del arte se suman a las emociones de la vida real. La Semana Santa española no tiene par en el mundo.



Belleza y Gracia de

SEVILLA

en Semana Santa

SEVILLA, ciudad ilustre entre las mejores del orbe, un día verdadera capital espiritual del mundo hispánico, corazón peninsular de donde irradiaban las expediciones de exploración y conquista, disfruta de una bibliografía y pasionada de escritores, viajeros o turistas. Si pudiéramos despojar la palabra de todo sentido religioso diríamos que Sevilla es la Meca de los curiosos de todo el orbe, que acuden—o suspiran por acudir—a sumergirse en su ambiente semimaro y semicristiano, a curiosear entre lo hispánico y lo islámico de donde ha surgido lo andaluz, a entreabrir las puertas que separan—o comunican—las dos civilizaciones, a asomarse a las fronteras de dos almas que imposible parece que pudieran haber sido enemigas cuando tanto trabajo cuesta desarraigar la una de la otra...

Andalucía, tierra de los vándalos o de los musulmanes. Vandalús para los unos o para los otros y, al fin, Andalucía de todos, resguarda en Sevilla la más delicada y fragante flor nacida en la conjunción de Oriente y Occidente. Brisas del Golfo Pérsico y vientos del Atlántico, todo sube a contracorriente, remansado y como aquietado en las aguas del Guadalquivir hasta acogerse a los puentes de Sevilla, que un día se rompieron ante las naves de Bonifaz, no sabemos bien si para ser conquistados por los castellanos o para arrebatarnos de por siempre a la aspereza y el ascetismo de su meseta.

Tal es Sevilla y tal representa, capital de romanos, de godos, de árabes y de cristianos; capital del Descubrimiento y la Conquista del Nuevo Mundo. ¿Quién podrá enumerar las bellezas dejadas a su paso por tantos pueblos? ¿Y aún no será más difícil recoger lo que de esa belleza cosmopolita se refleja en el alma sevillana, espejada en tantas culturas y expiada como síntesis de todas ellas por la gracia hispalense, por ese cuarto valor—si no el primero—en la tetralogía de las cosas fundamentales: el Bien, la Verdad, la Belleza... y la Gracia?



El misterio de dolor y de sangre tiene su expresión simbólica más perfecta en las procesiones SEVILLANAS

UN EXTRANJERO LO DICE

Sevilla ofrece en Semana Santa un ESPECTACULO INENARRABLE

FIESTAS de Primavera en Sevilla! ¡Semana Santa y Feria! ¡Qué impresiones, qué emociones inolvidables! Sobre todo la Semana Santa, que para el nombre del Norte es el espectáculo realmente extraordinario, de una religiosidad exuberante y extraña, cuya originalidad y cuya fuerza cautivadora no tiene rival.

Hay que olvidar todas las manifestaciones religiosas de la Europa Central y todas las procesiones que allí se celebran para comprender el sentido peculiar de la Semana Santa en Sevilla. En Sevilla no es la Iglesia la que está de fiesta; es el pueblo soberano, y la participación de la Iglesia se limita a abrir las puertas de los templos ante los cortejos, si no son los cortejos mismos quienes las abren. Para comprender muchas singularidades es bueno sorprender a una Cofradía por la mañana, hacia las ocho, en las callejuelas de su barrio correspondiente. Las Cofradías son Hermandades que perpetúan las antiguas corporaciones y que están distribuidas en los diversos barrios de la ciudad. Todo sevillano pertenece desde su nacimiento a una Cofradía, cada una de las cuales tiene su "paso", una imagen de Cristo o de la Virgen, que a menudo son obra de un artista de primer orden.

Hacia las dos de la madrugada, millares de personas, en estrecha aglomeración, esperan pacientemente en la pequeña plaza de San Lorenzo a que comience la procesión. A toque de campana se apagan las luces, y el increíble claror de la luna andaluza se extiende sobre la silenciosa multitud, que rellena el ambiente. Las puertas de la Iglesia se abren sin ruido, y entre los capirotes de los cofrades revestidos de su hábito medieval aparece la silueta del Cristo del Gran Poder. Rompe el silencio una gozosa algarabía; se agitan los pañuelos y los sombreros; estallan los aplausos y el Cristo doliente avanza a través de la apinhada multitud entre ovaciones trepidantes. Entonces se revela el alma andaluza en toda la profundidad de su emoción religiosa y artística. Por las calles estrechas avanza la Macarena, la más bella y venerada de las imágenes sevillanas de la Virgen, cargada con sus vestidos de oro y con joyas de todas las mujeres del barrio. Los sevillanos se apretujan; en los balcones brillan los ojos negros de las sevillanas tocadas con sus mantillas, y de pronto brota de un balcon una saeta, modulación oriental y lamentosa que una mujer canta a la Virgen abriendo los brazos, y cuyos ecos prolongados se extienden con indescribible tristeza en la tibia noche andaluza. Estos cantos, que se repiten durante la procesión por diversos cantores espontáneos, son improvisados, así en la letra como en la música; la multitud los critica con competencia y estalla en oídos vibrantes cuando la melodía arrastrada por un movimiento nacido en el fondo del alma, se desborda en largos acentos extáticos.

Entonces crece el entusiasmo de la multitud que rodea a la imagen y rompe el orden de las procesiones, que se funden en el entusiasmo del delirio popular.

Para vivir este espectáculo inenarrable no es lo mejor ocupar una de las tribunas que se levantan en lugares determinados por los cuales las procesiones desfilan solemnes con orden magnífico. Si lo es seguir toda la noche a las Cofradías en su trayectoria, ejercicio cuya posible fatiga compensan sobradamente emociones incomparables.

Hasta la aurora del Sábado Santo, cuando la última de las 48 Cofradías ha regresado a su Iglesia, con las velas consumidas, no encuentra el extranjero tiempo para volverse hacia la ciudad y sus bellezas. Puede entonces vagar por las callejuelas estrechas y tortuosas y abandonarse plenamente al encanto de Sevilla, cuya popular fiesta religiosa parece haber quedado flotando, después de terminada, en el ambiente como un sueño de gracia, de luz, de perfume, de armonía y de infinitas flores. Y se advierte cómo lo peculiar de Sevilla es el embellecimiento de lo cotidiano, de lo menudo, de lo accesorio: una armonía maravillosa que todo lo preside y cuyo encanto iluminará el recuerdo que nos ha dejado la ciudad del Guadalquivir, aun sin haber podido agotar toda la riqueza de sus tesoros artísticos y de los espectáculos que nos prodiga.

GERHART NIEMEYER



SEMANA Santa. El misterio de dolor y de sangre tiene su expresión simbólica más perfecta en Sevilla, donde en estos días primaverales se suma al despertar de la Naturaleza el penetrante olor del humo de los altares, mientras ante una multitud extática desfilan pasos con imágenes de un atroz realismo. Virgenes bonitas, Cristos ensangrentados, fanales de oro, tunicas bordadas, pedrería y seda en el aire, rasgado por el angustioso lamento de las saetas... Cascos sincronizados de los caballos de la Guardia Civil, goterones de cera sobre las guijas árabes del pavimento y aroma de los cirios quemados, con el aspero perfume de los geranios en las rejas floridas.

El alma de toda esa solemnidad es la Cofradía, con antecedentes hasta el Renacimiento. La Hermandad de San Agustín, la de Nuestro Padre Jesús de la Pasión, la de Nuestra Señora de la Concepción, la de la Antigua, la de la Vera-Cruz... Cofradías de señores, de curiales, de comerciantes... y de cales. Su organización perdura desde tiempos remotos, con cargos que se disputan los sevillanos por el simple honor—siempre oneroso—de estimular desde ellos la actividad de la Cofradía. El Hermano Mayor la gobierna; el mayordomo ejerce funciones económicas; los camareros se encargan de la indumentaria y el aderezo de las imágenes o de los "pasos". Y aún quedan los consiliarios, los censores y los referendadores o secretarios. Con ellos, el estado llano, los simples cofrades que tributan y ofrecen su trabajo manual para decorar "el santo", para mejorar los palios y aun para proporcionar caballos, vistosos capacetes y otras piezas de armadura a los pintorescos "romanos" o "armados", que, no sin riesgo físico, figuran en las procesiones con alevío del todo anacrónico y muy propio a las vayas de los chicos, por lo cual es famoso en Sevilla aquel centurión que, hallándose en parecido trance y pudiendo soportar más las guasas, le dijo a su cornetín

de órdenes: "¡Toca a degüello, niño!" Y se lanzó contra las masas como un verdadero soldado de Tito.

Hay, la Cofradía pobre y la rica, sin que a este último adjetivo debamos darle un significado de vanidad mundana, ya que entre ellas no se aspira al lujo "per se", sino por aquella noble emulación que se identifica desinteresadamente con el cariño hacia determinada imagen. Todas cayeron en la mayor miseria cuando la invasión francesa de 1808, porque el odio de los soldados de Napoleón a las joyas de las imágenes se manifestaba guardándolas en las mochilas y vendiéndolas luego a los chamarreros de su país.

Tras la francesada vino la lenta reconstrucción o restauración de los tesoros perdidos. Un detalle: el bordado del soberbio manto de Nuestra Señora de Loreto (Hermandad de Nuestro Padre Jesús de las Tres Caidas) comenzó en 1850, se interrumpió en 1853, reanudándose en 1877 y concluyéndose dos años más tarde. ¡Siete años de acumular hilos de oro y plata sobre un manto de terciopelo! Los dibujos varían hasta el infinito, porque el pueblo andaluz, no obstante ser tan árabe por sangre y hasta por costumbres, se dejó absorber rápidamente por la poderosa corriente cristiana llegada con los conquistadores y San Fernando; venera a las imágenes, aunque a los árabes les estén prohibidas por el Corán, y en la exornación decorativa prefiere los temas arrebatados a la Naturaleza. Junto al estilo Renacimiento nos encontramos con un barroco insultante, en el deseo del artífice de cuajar el terciopelo con rosas de oro y difícultosas filigranas; en el fondo, el mismo atrevimiento del virtuoso cuando churrigueraza sobre el violín por puro placer de demostrarnos su asombroso mecanismo. No hay sólo terciopelo, oro y plata; también brillantes y perlas. La túnica del Cristo del Gran Poder de terciopelo negro, con rosas y óvalos donde se inscriben los atributos de la Pasión, ostenta 50 amatistas y 132 perlas finas, y

oro puro en las potencias y los casquetes de la cruz. Es verde el manto de la Macarena, Virgen de la Esperanza; el pecho de la imagen refulge, constelado de diamantes. ¡Y pasa por una de las Hermandades más pobres!

Los pasos y misterios recuerdan indudablemente escenas de los autos sacramentales que era costumbre representar en otros tiempos, cuando a la procesión del Corpus acompañaba la carreta de los comediantes. Primitivamente, las imágenes estuvieron en los templos a ras del suelo; pero el deseo de sus traerías a los tocamientos de fieles demasiado fervorosos indujo al Emperador bizantino León III a colocarlas a cierta altura y a mantenerlas así lo mismo en los recintos sagrados que en las manifestaciones religiosas al aire libre. Desde entonces, los "santos" desfilan a varios metros del suelo, con actitudes de sobrecogedora grandeza, mientras los fieles se humillan arrodillados y los clarines de la caballería traspasan la medula con un escalofrío de emoción.

Anochecer de Viernes Santo en Sevilla. Hacia Oriente, el cielo es también de oro y terciopelo, como los mantos de las Virgenes, mientras que a Poniente la luz se deshace en los rojos y las violetas del ocaso. Cirios tras los balcones y los cierres de las casas, donde rezan devotas de negro traje de seda. Pasa la Dolorosa silenciosamente; centellean en su pecho los siete puñales de plata, bajo un rostro lívido de gruesas lágrimas, mientras a su espalda deja el rastro azul y oro de su manto bordado. Tres golpes del cofrade del martillo. Se detiene la imagen y cesa ese cabeceo de los soldados de la escolta, provocado por el paso a la vez largo y lento. Cofrades, nazarenos de siniestro caprote, hermanos "de luz y vela", con preciosos encajes en las mangas de las tunicas. Silencio, un silencio prodigioso, único. Y la saeta:

¿Quién me presta una escalera para subir al madero y desclavarle los clavos a Jesús el Nazareno?

Recogimiento de MADRID en la Semana Santa



EL magnífico sentimiento católico de los madrileños alcanza su máxima expresión en la Semana Santa. El madrileño patentiza en cualquier momento su amor a Dios y su acendrada fe en los Misterios de la religión. Para pueblo, por español tan apasionado, la muerte de Nuestro Señor Jesucristo tenía que ser el drama que más le conmoviera. Por eso se ha acimatado en Madrid la saeta, que es la expresión del alma que, sabiendo del corazón, quiere elevarse a Dios en la noche del Viernes Santo.

En la Semana Santa, la vida madrileña se reconcentra en los templos y en los hogares. Ello ocurre por ese íntimo sentir que llevan dentro de sí todos los madrileños y que les identifica con todas las escenas del Drama de la Pasión.

Hasta el orgullo—casi soberbia—de nuestras armas vigilantes y triunfantes cede y se inclina ante la Majestad Divina, amortecida al pie del madero. Banderas a media asta, armas a la funeraria y trompetas con sordina se humillan ante el inmenso dolor de la Iglesia. Con ellas los madrileños y los españoles todos hincan la rodilla para adorar a Aquel que se hizo hombre por salvarnos.

BALCONES y costureros de Madrid florecen ahora con las palmas nuevas, benditas el Domingo de Ramos. Por desgracia, la arquitectura de hormigón abre en ciertas fachadas ventanas inexpresivas, meras aberturas de iluminación y aireación, sin ese florido balaustre de hierro y saledizo, decorado con flores naturales y rematado en sus extremos con bolas polícoras de cristal, por sobre el que cae en los días

ardientes del verano el galicismo verde de la persiana. Aún hay casas así en los barrios antiguos, con muros de ladrillo rojo y balcones propios para colocar en ellos la palma con cintas de raso. Los "buildings" nuevos con "apartamentos"—señor, ¡qué horrible palabra!—para oficinas y venta de pisos, se han olvidado de reservar un hueco para la hermosa palma meridional, que perpetúa en nuestras fachadas el jubiloso ho-

sanna con que recibió Jerusalén a Jesús en vísperas del Drama.

Sentíase Jesús más seguro en Galilea, donde no ignoraba que el pueblo le era adicto; pero no podía soslayar el mandato que pesaba sobre El para que se entregase por la redención del género humano. Fué a Jerusalén a conciencia del destino que le esperaba. Allí estaban sus enemigos: los que deseaban perderle, los sacerdotes corrompidos y orgullosos, el templo profanado por los mercaderes, los escribas y los fariseos; sobre ellos, con elegante ánimo escéptico de no intervenir en sus disputas religiosas, los funcionarios romanos, satisfechos con que se diera al César lo que era del César. No; no serían los romanos quienes se ensañasen en la condena de Jesús, aunque tampoco pusiesen mucho interés en esorbirla; porque Judea era una tierra de gentes apasionadas y no convenía contradecirlas en sus furias. Así fué cómo los romanos se desentendieron del sacrificio de Jesús, siquiera no dejasen de sentir la muerte de un inocente y de un justo.

Jesús lo sabía. Nada podía apartarle de ir a ofrecerse a sus más encarnizados adversarios. La entrada en Jerusalén, con los agasajos preparados por los galileos, fué el último rayo de sol que doró el pálido rostro ambarino del Hijo de Dios. Todo para que se cumpliesen las palabras del Profeta: "Decid a la hija de Sión: He aquí tu rey, que viene manso para ti, sentado en un asno..." Digamos a San Mateo (cap. XXI, versículos 8, 9, 10 y 11): "Y una grande multitud de pueblo tendió también sus ropas por el camino; y otros cortaban "ramos" de los árboles y los tendían por el camino; y las gentes que iban delante, y las que iban detrás, gritaban diciendo: Hosanna al Hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor; Hosanna en las alturas. Y cuando entró en Jerusalén se conmovió toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es éste? Y los pueblos decían: Este es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea..."

Esos ramos, citados por primera vez en San Mateo, son los mismos que dan su nombre al Domingo de Ramos e ilustran los balcones madrileños veinte siglos después de aquel en que unas manos humildes y acaso abyecltas cortaron en el camino de Jerusalén para recibir dignamente a Jesús. Nuestra primavera tiene también esa singular floración de palmas adornadas con campanillas contrahechas y motitas de colores que han preparado los artesanos o las almas piadosas de las monjitas para lucirlas en la procesión del Domingo de Ramos; luego reposan en los balcones, hasta el día siguiente, entre tiestos de albahacas, geranios y claveles.

Creemos que las palmas comenzaron a usarse en España para señalar las casas de los cristianos viejos, por oposición a los nuevos, "marranos" o conversos frescos, en cuyas fachadas aún no se habían secado las cruces rojas trazadas con la sangre del cordero pascual. Todavía late el corazón al recuerdo—ya remoto—de este gran día, cuando nuestra madre nos llevaba a la bendición de los ramos con una palma diminuta, junto a los manojos de romero y tomillo que luego servirían para preservar la casa de malas asechanzas... Como la misma palma, colocada en el balcón madrileño para aviso de que allí vivía una familia cristiana a bien con Dios y con los hombres, y por eso merecedora de la especial protección del Cielo.

Siempre era para nosotros una fiesta la detención ante los puestos de ramos, entretejidos en caprichosas volutas, con algo de los profanos "molinos" de papel que por la tarde girarían vertiginosamente en el Retiro. Primavera, últimos días de abrigo y primer helado, mesas recién pintadas en las terrazas de los cafés, un aire delgado y tibio al volver las esquinas, que hemos de recordar con nostalgia más adelante, cuando el aire del verano caiga sobre nosotros como un paño pesado; trajes nuevos en las calles y atrios soleados con vendedores de palmas... La escenografía natural y civil se repite casi exactamente todos los años, trayéndonos un júbilo momentáneo antes de los terribles días de la Pasión.



En una tarde puede Vd. ir de

SEVILLA a PARIS

Sevilla - Madrid por IBERIA

Madrid - París por los cuatrimotores

de AIR FRANCE



AIR FRANCE

Av. José Antonio, núm. 57
Teléfs. 22 04 57 y 31 52 74



Y TODAS LAS AGENCIAS DE VIAJES

LA COFRADIA DE LOS TOREROS desfila por Madrid en la noche del Viernes Santo

Fundada después de nuestra Gloriosa Cruzada, gracias a la perseverancia de los cofrades, ha conseguido adentrarse en el fervor de los madrileños



La imagen del Cristo de los Toreros, en las calles madrileñas la noche de Viernes Santo.

EN este número de PUEBLO, en el que se exaltan las grandiosidades de las fiestas de Semana Santa en España, tenía que figurar una representación del fervor religioso de los toreros y de las Cofradías y Hermandades por ellos fundadas. Como símbolo de todo ello traemos a estas páginas notas rápidas sobre la Cofradía de los Toreros madrileña, fundada después de nuestra gloriosa Cruzada, y que gracias a la perseverancia y entusiasmo de los cofrades ha conseguido adentrarse en el fervor de los madrileños.

Un querido y admirado compañero en la Prensa, que por sus bondades y caballerosidad disfrutará de la paz eterna en los cielos, Carlos Revenga, el popular cronista de toros "Clarito", fue el alma de aquella organización, y sus virtudes de hombre cristiano y su amistad hacia los toreros consiguieron, con aportaciones entusiastas la espléndida realidad de esta Cofradía que desfila en la noche del Viernes Santo madrileño escoltada por túnicas nazarenas llevadas en penitencia por artistas que se enfrentan con la muerte en un espectáculo de luz y pasión, necesitados sus cuerpos de la Divina Protección ante tan tremendo riesgo.

La Cofradía cobra en la actualidad nuevos impulsos bajo la presidencia del famoso torero Luis Miguel Dominguín. En estos días se han renovado las Juntas directiva y de gobierno, y los nombres de los que las componen y que a continuación publicamos son una garantía de aciertos en la misión espiritual y caritativa de esta Cofradía. Luis Miguel González Lucas es, como hemos dicho, el presidente de las dos Juntas, y como vicepresidente de las mismas ha sido designado Antonio García (Maravilla). Paco Muñoz es el secretario de la Junta directiva; Manolo Navarro, tesorero; Pepe Dominguín, contador, y vocales Antonio Bienvenida, Agustín Parra (Parrita), Curro Caro, Antonio Caro, Emiliano de la Casa (Morenito de Talavera) y el novillero Rafael Yagüe.

Don Francisco Pérez y Pérez es secretario de la Junta de gobierno de la Cofradía de los Toreros. El doctor Pascual Martínez Blanquer, vicesecretario; doctor Pablo de la Serna, tesorero; don Antonio Canlo Vizcaino, contador, y vocales, don Julián de la Vega, don Julio Torija, don Cristóbal Becerra, don Ramón Montero, don Ignacio Aparicio, don Antonio Bellón, nuestro crítico taurino; don Carlos Sanz de Velasco, don Francisco López, don Pedro Muñoz, don Manuel Cisneros Sierra, don José García Nieto y don Antonio Casal.

El cuadro de honor y mérito de 1949 lo componen los siguientes destacados protectores de la Cofradía: Señor duque de Pinohermoso, Domingo Ortega, Luis Miguel Dominguín, Paco Muñoz, Manolo Navarro, Pedro Robredo, Domingo Dominguín y los ganaderos señores don José María, don Antonio y don José Luis Cembrano. Para completar la misión de esta Cofradía se va a constituir una Junta de Damas, presidida por doña Gracia de Lucas, madre de Luis Miguel. Una bondadosa española que simboliza todo el abnegado dolor de las mujeres que rezan por un torero y que son emocionante grupo que escolta al Cristo de los Toreros en la noche santa del Viernes cuando recorre las calles de la capital de España.

HEROE y sentimental, fogoso y contemplativo, emprendedor e indolente, el hombre nacido en Andalucía se recrea en vencer lo imposible. Canta sin música ni acompañamiento la saeta a la imagen reverenciada, y el desgarrador martinete, suma de penas, de amor y celo. Y parece irrealizable esa burla airosa de un jovencuelo a la ciega fiera de un toro bravo. Sabe el andaluz hacer de lo increíble garboso juego de arte.

Ya se preparan las ciudades andaluzas a contemplar los desfiles procesionales de Semana Santa. En esta exaltación religiosa, humildes artifices adornan y visten las imágenes con exquisito gusto. Ignorados artistas, células de las impresionantes y maravillosas procesiones. Siempre lo grandioso conseguido con sencillez, y esta verdad florece en la paganía de la fiesta de toros por manos, por prodigiosas muñecas, de los toreros sevillanos, hay día culminadas sus esencias en Manolo González, un torero apasionante, cuyo rostro aparece en estas líneas como representación del gran verger de la torería andaluza, tan ligada a las más bellas exaltaciones religiosas de la Pasión de Nuestro Señor.

Los duendes toreros de Sevilla, rigurosos centinelas de un tesoro codiciable, se han mostrado espléndidos con este torero Manuel y monolo, y si soplaron en su cuerpo la ciencia sin estudiar, tan terriblemente difícil, de ser torero genial, la más deslumbrante pedrería parece bordar y recamar los capotillos y las telas granas de este colosal diestro, figurilla armoniosa con un corazón que le rebosa por los chorrillos de oro de sus vestidos de luces.

Manolo González, conocedor de una niñez dura, sintió en ella el consuelo del rezo y las prácticas religiosas. En aquellos tiempos no era nadie. Hoy día, archifamoso, repleto de contratos y admiradores, nombre único en la torería actual, inagotable su afición y pundonor, este andaluz que de unas telas hace surgir un formidable arte, pleno de belleza y emoción, tiene todos los dones más deseables: fe, juventud y triunfo.



SI la luminosa Andalucía es vivero inagotable de famas toreras y en casi todas las regiones de España se sueña con alcanzar dentro de un vestido de luces la celebridad y la riqueza, Castilla es la más vigorosa para dar la réplica en los ruedos a las escuelas nacidas en las riberas del Guadalquivir.

Hoy día, con toda hondura y brío, Castilla tiene un torero impar: Luis Miguel Dominguín. Luis Miguel, heroico y genial en las arenas, lleva en su juvenil corazón todas las esencias de la fe y sabe, como la torería clásica, ser férreo e invencible en la arena y caritativo y cordial fuera de ella. Ese es el temple de los hombres, de los artistas excepcionales del toreo. Luis Miguel, desde la presidencia de la Cofradía de los Toreros, desarrolla una labor magnífica. Todo su impetu juvenil se pone al servicio de los fines espirituales y humanitarios de la Cofradía. Es infatigable y rumboso—¿por qué no decirlo?—para conseguir todo esplendor en la procesión del Cristo de los Toreros y en el culto del culto de esta imagen venerada en la madrileñísima iglesia de Medinaceli.

Así Luis Miguel Dominguín sabe satisfacer su espíritu y su ambiciosa juventud de artista escogido dedicando horas de su existencia a una tarea, la más noble tarea que el hombre puede ambicionar, en busca de su salvación, y luego, arrogante, poderoso héroe coronado de reverdecidos laureles, ser un favorito de los públicos, de esos públicos apasionados de los toros, convencidos totalmente—y a un precio de arte y valor asombrosos ganado—de que hoy hay que discutirle a un torero castellano el cetro del toreo.



POCO dura la bonanza en el arte torero. Se escalan con fatigas y heroísmos los puestos destacados, y no puede el famoso diestro que los logra pensar en tranquilidades de lago para disfrutar de su privilegiada situación.

Tiene el toreo consagrado que vivir en perpetua alerta. No es su peor enemigo el declarado que sortea y destroza con su acero. Los públicos devoran las famas y dificultan con sus apasionamientos la placidez de los elegidos que las consiguen y a tan duro precio las conservan.

Esta temporada, junto a la magnífica lista de toreros actuales, suena por todos los ámbitos de la torería un nombre ya con abolengo taurino: El Litri.

El Litri—Miguel Báez—, hijo del antiguo espada del mismo nombre y apodo, y hermano de aquel Litri del emocionante toreo que cerró sus ojos—corría una leyenda de que ante el toro involuntariamente se le certaban—definitivamente bajo el radiante sol malagueño. Litri, en breves actuaciones seras, ha desencadenado la tormenta en el amplio mar taurino. Su nombre zarandea el interés, golpea en la fama, y las espumas de sus lardes gloriosas llegan y empapan de apasionamiento por el nuevo ídolo a los públicos. Y Litri, en el candelero de la popularidad, con un radiante camino ante sus ilusiones, es un muchacho recogido, callado, tenso su espíritu y tensa su sensibilidad.

En esta fotografía que publicamos del nuevo y apasionante torero aparece en su noble rostro esa serenidad de espíritu del hombre que tiene y siente honda fe y sabe que sus sueños de gloria terrenal se realizarán por la protección que su religiosidad demanda de quien todo lo puede.



SE han marchado hacia el bullicio del coso taurino los amigos y admiradores del torero. Humos de habanos, ecos de risotadas y optimismos admirativos han dado paso a un sosiego completo en el cuarto del hotel. Está ceñido el espada de sedas y oro. El mozo de espadas es su único acompañante. Es el hombre leal de las horas definitivas de una profesión, de un arte donde la gloria y el riesgo se disputan una juventud ilusionada.

En este silencio de la estancia el espada reconcentra su espíritu. Luego, en la arena, la tremenda realidad de la fiera a la que hay que burlar removerá la alerta defensiva de su corazón, el cerebro y el músculo crearán, con una débil tela, el clamor de las muchedumbres. Ovaciones, vitores, flor y puro que caen al ruedo materializarán al hombre; pero en ese momento de soledad, de incertidumbre ante el peligro, el torero siente que algo extraterreno regula la vida de los seres humanos. Y entonces reza. Reza ante las estampas que recuerdan imágenes de su devoción. Reza y suplica protección divina, y así una fotografía oportuna puede presentarnos una estampa tan hondamente espiritual y humana como esta foto del gran novillero Julio Aparicio, una juventud barbilampiña que sabe de los apoteósicos triunfos en los ruedos, donde su cuerpo joven y su elegancia y originalidad para burlar a las reses componen una estampa pagana de arte y armonía, contraste con esta otra de recogimiento y súplica cuando invoca la protección del cielo un artista niño que juega con la muerte. Cuando llegan al público los ecos de tardes triunfales en prosas exaltadoras e informaciones gráficas en las que se recoge la asombrosa estética de un torero genial como Julio Aparicio, se engrandece la emoción de esta otra estampa, en que el espíritu recogido de un niño artista y héroe suplica protección de la Providencia para su triunfal juventud.



Exaltación y guía de la Semana Santa de ZAMORA



Clave diferencial DE LA SEMANA SANTA ZAMORANA

CON ser muchas y ricas las viejas tradiciones, las costumbres y el folklore de nuestro país bien puede decirse que uno de sus mayores encantos reside, quizá, en la variedad inigualable que aporta el especial carácter de cada provincia española, que hace cobrar a la manifestación de que se trate—baile, canción, costumbre, o convención—un especial tono, convirtiéndole en modelo único en su género.

Unificados por la religión, todos los españoles celebran las mismas fechas sagradas que el Evangelio nos señala con más acusados perfiles, y raro es el lugar que no comemora con la posible solemnidad la Pasión del Señor. Incontables serán en este tiempo las procesiones, los actos religiosos, los conciertos sacros, los Via-Crucis públicos, todos atrayentes, pero todos distintos.

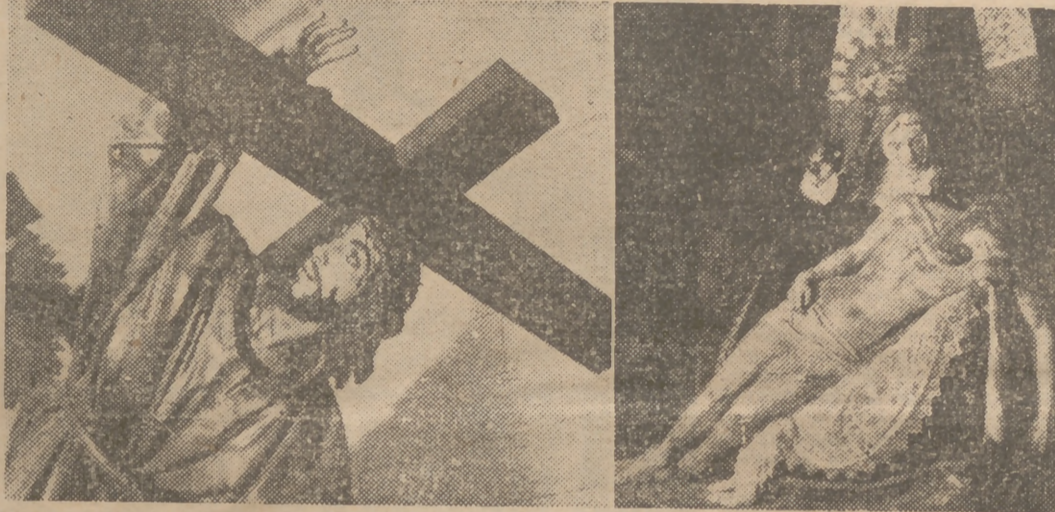
Entre ellos brilla con luz propia la Semana Mayor Zamorana, en la cual será inútil buscar el lujo barroco de las procesiones malagueñas, ni la exuberancia meridional de las sevillanas, el derroche luminoso de las cartageneras, el imperialismo de las vallesoleñas, la viva "realidad" de las mallorquinas, ni las bellas efigies de las murcianas. Esto no quiere decir que esté excluido en la de Zamora el sentido artístico, la belleza armónica que todos los desfiles, en conjunto, ofrecen con la maravillosa hermosura patética y serena de sus indígenas. Pero independientemente de todo ello posee algo que no encontraréis nunca en todas las otras y que constituye la clave diferencial de su tono: el fervor, la religiosidad, la austera sencillez, el hondo sentir que desprende detalles accesorios que nada pueden sumar a la grandeza del drama escueto, cuando éste recorra sus perfiles culminantes sobre el cielo zamorano. Porque con estas rías estrechas y pías, con estos palacios del medievo que cobijaron las más señeras figuras del Romancero, cabe las gloriosas piedras de las murallas de "la bien cercada", no rizarían jamás otros modos ni otras maneras, extraños y paradójicos al castellano ribereño del Duero.

Este es el que cala la ciudad hasta anegarla, envolviéndola en su honda sentimental de tal forma que sólo quien ha vivido en ella una Semana Santa, poniendo el espíritu abierto en cuanto vea, sabrá percibir con todo verismo lo que significa y son esos siete días únicos en el año y en España entera.

Centas de toda condición social, incansables un año y otro, recorren los mismos lugares en una peregrinación ideal, contemplando los mismos actos, rezando ante las mismas imágenes de su devoción, invocadas durante el resto del año, elevadas a la categoría de símbolo sagrado, algunos dulcísimos, como la evocación de las Angustias que sólo en Zamora se llama "Nuestra Madre" en filial y cariñosa consagración constante de hijos de la Virgen.

Solamente un pueblo que deja hablar a su corazón para dar nombre a la Madre de Dios con tan cariñosa fórmula es capaz de atinar con el carácter que mejor cumple a las solemnidades de Semana Santa, haciendo de sus desfiles un voto religioso y ferviente que arrebató el alma de los más tibios.

María MARTIN BELLOGIN



SI Zamora ofrece siempre al visitante su puertas abiertas y una acogida cordialmente hospitalaria, durante la Semana Santa se entrega generosa con un bello conjunto de impresiones gratas e inolvidables. Durante los días de nuestra gran semana recibe quien nos visita emociones tan inabarcables que no miente, no, quien asegura entusiasmado que estas conmemoraciones, por sus características, están clasificadas como únicas en España.

Si el ambiente seduce por el encanto de sus atractivos naturales y si es inolvidable la acogida que se le dispensa al forastero, es el escenario de impresionante magnitud por el realismo que ofrecen los vistosos y bien ordenados desfiles procesionales.

Desde que se fundó la primera Junta de Fomento de Semana Santa, allá por los años últimos de la centuria pasada, todos los que han sucedido a aquellos iniciadores han dejado pruebas de su labor sin tregua, de sus acendrados sentimientos de religiosidad, de sus entusiasmos y de su zamoranismo desbordante. Ostenta en la actualidad la presidencia de la Junta don Ramiro de Horna, veterano componente de casi todas las Cofradías, fundador de algunas y uno de los más consecuentes en sus entusiasmos semanasantistas. Ni las dolorosas adversidades, clavadas como espinas permanentes en su corazón, han amortiguado los generosos impulsos de su zamoranismo sentido.

DESFILES PROCESIONALES

Se ha dejado oír el monótono sonido de las campanas del "Barandales". La figura legendaria recorre animosa las calles y plazas de la ciudad, avisando a los hermanos para que asistan a las juntas que celebran las Cofradías.

Viste de hierne el ropón o túnica de la Hermandad a que pertenece; abre marcha en las procesiones moviendo incansablemente dos pesados escudones que extienden por la ciudad sus ecos metálicos con rítmica armonía.

Este acompasado y típico campaneo del "Barandales" es el pregón secular de nuestra Semana Santa.

Se inicia la gran semana con el jubilo desbordamiento de las turbas infantiles, que siguen alborozadas con palmas y ramos a la típica procesión de la "Borriquilla". En el año actual será remozada la antigua Cofradía de la V. O. T., que organizaba esta procesión, con la nueva y Real Hermandad de la Entrada de Jesús en Jerusalén, integrada en su totalidad por niños y niñas, que irán uniformados con vistosas túnicas a la usanza hebrea.

Al anochecer de este día es traída desde la antigua iglesia de San Frontis hasta la de San Andrés la venerada imagen de Jesús del Via-Crucis, cuya floreciente Cofradía organiza un solemne triduo en el que ocupan la cátedra sagrada renombrados y elocuentes oradores sagrados y cuyos sermones son radiados por la emisora local.

El Lunes Santo hace su recorrido por las calles de la ciudad

la numerosa Cofradía de ex combatientes, presidida por una magnífica imagen que representa a Jesús en su tercera caída y que es obra del escultor Quintín de Torre.

De esta Cofradía es Hermano mayor el excelentísimo señor gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, don José María Alfín Delgado, gran entusiasta y promotor decidido de nuestra Semana Santa, a quien se le hizo recientemente objeto de un cariñoso homenaje como premio justo a sus desvelos por el resurgir de nuestras tradiciones.

La Cofradía de Jesús del Via-Crucis organiza su procesión el Martes Santo. Al concluir el triduo a que antes hiciera referencia salen los cofrades debidamente uniformados con túnicas blancas y capa morada, y después de recorrer un largo itinerario regresan al barrio de su procedencia pasando el Duero por el puente de piedra.

En la apacible serenidad de la noche abriléala las tranquilas aguas del río reflejan las estrellas del cielo, que se confunden con las vacilantes luces que llevan los cofrades. Estrellitas de plata y de oro que sirven de mampuesto dosel, arriba y abajo, a la venerada imagen de Jesús, que avanza trabajosamente soportando con el peso de la Cruz la carga abrumadora de nuestras culpas.

El juramento que hacen los cofrades del Silencio el Miércoles Santo por la noche ante el Cristo de las Injurias, de Gaspar Becerra, colocado ante el pateresco atrio del románico templo catedralicio es ceremonia tan impresionante que ella por sí sola puede justificar la visita a Zamora durante estos días tan renombrados.

Este juramento que hacen los Hermanos de guardar silencio es el premio de la bella procesión que tanto ha contribuido, desde su inauguración, a extender por el mundo el recombre de nuestra Semana Santa.

Silencio y orden es la consigna que reciben los cofrades, y desde que se pone en marcha el botafumeiro que las avasalla de ineluctable las calles hasta que entra la procesión en San Esteban, asociada la ciudad al deseo y consigna de la Cofradía, convertidas sus calles en templo, vive unas horas de voluntario e impresionante mutismo, sólo quebrantado por el lento y grave doblar de una campana catedralicia.

El Jueves Santo se cumple aquí en toda su amplitud el viejo aforismo, ya que es este uno de los días más esplendorosos del año y uno de los tres jueves que brillan más que el sol. Tanto es la solemnidad y tal el recogimiento que hasta los cantos de los pintados pajarillos suenan como delicadas plegarias.

La visita a los monumentos constituye una nota tradicional de fervor religioso incomparable. Nuestros románicos templos, cargados de gloria, se ven constantemente abarrotados de fieles. Entre esta numerosa concurrencia pone una bella nota de gentileza y casticismo la presencia arrogante de la mujer zamorana, ataviada airoosamente con la mantilla española.

A las tres de la tarde sale de

la parroquia de San Juan de Puerta Nueva la Cofradía de la Vera-Cruz, una de las más antiguas existentes, ya que su fundación se remonta al siglo XV. Figuran en este vistoso desfile de túnicas moradas de terciopelo grupos escultóricos de don Ramón Álvarez, de Torija, de Barrón y otros imagineros famosos que pusieron su inspiración al servicio de su devotismo y todo su arte para dejarnos testimonios admirables de su fervor religioso y de su inspiración fecunda.

A las once de la noche del Jueves Santo sale de la iglesia de la Concepción la Hermandad de Jesús Yacente. Visten los cofrades túnicas blancas, severamente encapuchados y van descalzos como los antiguos disciplinantes. Este desfile es uno de los más impresionantes que recorren las calles de la ciudad. La maravillosa imagen de Jesús Yacente, de Gregorio Fernández, es llevada a hombros entre cuatro blandones y los cofrades se

HISTORIA Y ARTE EN ZAMORA



Desde un rincón apartado donde se reproduce solitaria la piedra de varios siglos, el fotógrafo señor Guillón ha acertado a captar esta perspectiva de la Santa Iglesia Catedral de Zamora, piedras doradas por el sol de muchas centurias, que coronan la gentil y afrosa cúpula que es orgullo de propios y admiración de extraños.

MUCHAS veces oírás llamar, amigo viajero, a Zamora con las denominaciones de la "Biencercada" o la "Ciudad del Romancero". Ello es consecuencia directa del peso que sobre el presente de Zamora sigue y seguirá siempre ejerciendo la trascendencia histórica de su pasado.

Porque el Zamora es hoy una ciudad moderna que crece a ritmo acelerado y se extiende en amplias y espaciosas avenidas de nueva factura, la ciudad de ayer encerrada entre restos de murallas, recogida en torno a su Catedral maravillosa, recostada al espejo del río rumorroso, conserva de tal manera su propia vida inextinguible que sigue y seguirá siendo el principal atractivo pleno de bellezas, de sugerencias y de evocaciones para cuantos vienen a visitarla.

Descolando primorosamente entre tantas joyas como el recinto de la vieja Zamora guarda, se encuentra la Catedral "perla bizantina del siglo XII". La prisa con que se edificó este gran templo permitió que el obispo Esteban colocara en 1151 la primera piedra y él mismo el consagrara para el culto en 1174. Y ese apresuramiento que fue causa de su lujuria y severidad, exenta de adornos excesivos y de ornamentaciones recargadas, reportó, sin embargo, el beneficio de la unidad de su conjunto primitivo. Pocos datos se conocen sobre las manos que en ella trabajaron. Un incendio destruyó en 1591 el claustro y varias capillas con valiosa documentación. Pero poco importan las manos cuando todo el templo aparece lleno de primores que no requieren para ser maravillosos el aval de una firma. La Puerta del Obispo es un espectáculo deslumbrante con sus ejemplos de escultura decorativa labrados con precisión en la piedra dorada. El coro, con su sillería incomparable ricamente ornamentada de tallas valiosísimas y de detalles tan curiosos como las sátiras profanas ocultas bajo las "misericordias". El Cristo de Becerra, la Virgen de la Calva, otra Virgen en mármol

gulan en su marcha por el débil sonido de una campanilla cuyo eco nos recuerda el paso del Santo Viático.

Con la terminación de este hermoso desfile procesional casi se enlaza la procesión que organiza en la madrugada de Viernes Santo la antiquísima Cofradía de Jesús Nazareno (vulgo Congregación). Figuran en ella cerca de una veintena de "pasos". Concluido el sermón de Pasión, se pone en marcha hasta la avenida de las Tres Cruces, donde se reza un piadoso Via Crucis, y luego tiene lugar la delicada y renombrada ceremonia del "encuentro".

Forman parte de esa procesión valiosas obras de don Ramón Álvarez, de don Mariano Benlliure y otros escultores no menos afeados.

En la procesión del Santo Entierro, que tiene lugar a las tres de la tarde de este mismo día, figuran todas las representaciones oficiales con los cofrades, que visten túnica de terciopelo negro. Hay grupos de valor muy estimable debidos a la gubia de Torija y Ramón Álvarez, ofreciendo como detalle curioso el que en este desfile va el primer grupo escultórico que hizo Benlliure, cuando contaba quince años de edad.

El esplendor de este desfile, tanto a la ida como a la vuelta de la Catedral, es maravilloso.

Todavía la noche de este mis-

mo día recorre las calles la venerada imagen de Nuestra Madre de las Angustias, precedida por otra muy antigua de San Vicente Ferrer, detalle que recuerda, según la tradición, que fué fundada esta Cofradía por el milagroso Santo valenciano.

El sábado, al anochecer, cuando concluye la vela que hacen ante la Soledad las damas de su Cofradía recorre esta imagen las calles en medio de millares de luces, que con ellas quisiera el vecindario sembrar con el corazón de resplandores de piedad la senda que recorre tan venerada elige.

Como colofón florido y jubilo de estos días de meditación y acendrado fervor sale a la calle el Domingo de Pascua la imagen de Jesús Resucitado, a la que acompaña una Cofradía cada vez más numerosa. A las diez tiene lugar en la plaza Mayor la ceremonia del "encuentro" de Jesús con su bendita madre. A este instante se le da singular relieve y extensión y se celebra con repique general de campanas, disparo de cohetes y melodías musicales.

Este recogido es anuncio prometedora del "Dos y pingada", y con la festividad que luego se celebra en la iglesia de Santa María de la Hortá recobra la población su vida normal en un ambiente de laboriosidad, de entusiasmo y de esperanza.

SANCHEZ MANHER

de Carrara son muestras soberbias de imaginaria sin comparación posible. El Sepulcro, del doctor Grado, un Belén de la Escuela de Gregorio Fernández; la rica Custodia del gran artífice Claudio Zamorano; el retablo admirable del Durero de Castilla Fernando Gallego, que pasó por Zamora en los primeros tiempos del reinado de los Reyes Católicos, dejando de su tránsito esta joya maravillosa. Los tapices del conde de Alba, conservados por el Cabildo en su Museo, todos ellos de un valor incalculable, ya que son "un tesoro como no existió otro en España", según afirmación de Gómez Moreno. Todo esto y muchas cosas más que es imposible reseñar en la brevedad de estas líneas, ofrece al amante del arte la primorosa Catedral zamorana que remata la espléndida belleza austera de sus naveas con el prodigioso brillante oriental engarzado por arte de magia en lo más alto de esta joya valiosísima del románico.

Y todavía te esperan al lado mismo el Portillo de la Tradición, que te traerá a la memoria toda la belleza legendaria del Romancero:

"Rey Don Sancho, Rey Don Sancho,
no digas que no os ayuso
que del cerco de Zamora
un alveoso ha salido..."

La casa de Arias Gonzalo, de la que sólo resta un muralón con sencilla arcada y en la que pasó sus mocedades Rodrigo Díaz de Vivar, más tarde llamado el Cid... Y las almenas del semiderruido Alcázar, desde las que divisarás la dilatada extensión del Campo de la Verdad, donde en singular lucha tres hijos del viejo Arias Gonzalo libraron el día de San Millán del reto mancebo que violento lanzara Diego Ordóñez contra mancebos y viejos, mujeres y niños, muertos y no nacidos, tierra, hierba, panes, vinos, hoja del monte y piedras del río... Y la iglesia de la Magdalena, el más bello y completo ejemplo de esta antigüedad del románico que es la Bien Cercada... Y Santiago el Viejo, donde veló sus armas el Cid antes de ser armado caballero... Y Santiago del Burgo y Santa María la Nueva, donde el pueblo, excitado en el famoso Motín de la Trucha, quemó vivos a los nobles reunidos en capítulo, salvándose del incendio las Formas Consagradas que, volando, fueron a refugiarse en el convento de las Dueñas, al otro lado del Duero...

Toda la ciudad se mostrará a ti, en estos días de la Semana Santa que se acerca, entre el fervor de la devoción tradicional, ante la niebla sutil de las leyendas, con todo el tesoro de su arte y de su pasado abierto ante tus ojos que saltarán constantemente de sorpresa en sorpresa...

Y si después del tiempo te deja, vete a Toro, a Benavente, donde te aguardan también otras joyas artísticas maravillosas. Y si saturado del pasado quieres deslumbrarte con la potencialidad del presente, acude al Salto del Esia, al de Vilacampo, al de Castro, todavía en construcción; al Viaducto del Esia y verás, a través de esos alardes de la ingeniería, que Zamora no es una ciudad muerta aferrada a su pasado glorioso, sino una potencia viva y en movimiento que progresa y avanza con la fuerza y el impulso que dan para mirar al futuro, la seguridad y la confianza asentadas en un ayer luminoso y grande.

FEDERICO

LAS COFRADIAS DE CIUDAD REAL

Se caracterizan por su acendrado ESPIRITU DE PENITENCIA

CELBRES por su piedad y la limpia belleza de sus «pasos», las Cofradías de Ciudad Real dan singular realce a aquella Semana Santa. Por no citar sino las más importantes, resumimos a continuación algunos datos sobre ellas.

La Cofradía de las Palmas sale el Domingo de Ramos de la Santa Iglesia Prioral (asi es llamada la Catedral, porque ostenta el priorato de las cuatro Ordenes militares). Ha hecho su obra con cinco céntimos y con una ilimitada confianza en Dios. El «paso» es lindísimo. Representa a Jesús en el borriquillo a su entrada triunfal en Jerusalén, rodeado de palmas y ramas de olivo.

La Hermandad del Silencio se caracteriza por su acendrado espíritu de penitencia. Hace su recorrido en la madrugada del Miércoles al Jueves Santos, llevando como «pasos» el Santísimo Cristo de la Misericordia y la imagen de la Virgen del Mayor Dolor. Los Hermanos, vestidos con túnica de gamuza negra, inspirada en el hábito franciscano, portan las andas de ambos «pasos» y cruces pesadas de madera. Sirviendo a idéntico fin se ha constituido la Hermandad de la Virgen del Mayor Dolor, formada por mujeres.

La Hermandad del Eccehomo sale el Jueves Santo, por la tarde, con un «paso» que reproduce el momento de la presentación de Jesús al pueblo. Los cofrades ostentan túnicas de lana blanca y raso eminecia.

Con la Hermandad anterior salen la del Cristo de la Caridad, conocida por Longinos, y la de la Dolorosa de Santiago. Esta última perdió en la revolución su imagen de la Virgen, obra magnífica de Montañés. Exhibe ahora nueva imagen, debida a un escultor sevillano.

El mismo Jueves, a las once de la noche, sale de la parroquia de San Pedro la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno, con preciosa imagen de la escuela sevillana.

Por la mañana del Viernes Santo salen la Hermandad de la Oración del Huerto, con una reproducción de «La Oración en el Huerto» de Salzillo; la de Jesús Caído, formada y asistida por elementos del comercio de la capital, y la del Cristo del Perdón y de las Aguas. Data esta última del año 1599, y debe su origen a haber sido sacado el Cristo en rogativas con ocasión de cierta peligrosísima sequía, que se resolvió en agua al regreso de la sagrada imagen al templo.

Por la tarde desfilan la Hermandad del Cristo de la Piedad, la del Descendimiento, la de Nuestra Señora de las Angustias, la de Nuestra Señora de los Dolores y la del Santo Sepulcro, todas con notabilísimos «pasos», y alguna, como la citada en último lugar, con un Cristo yacente que es una verdadera obra de arte.

La Hermandad de Nuestra Señora de la Soledad y de la Santa Cruz sale el Viernes Santo, a las once de la noche, de la parroquia de San Pedro. La forman 300 Hermanas, tocadas con mantilla negra y con una flor pasionaria en el pecho.

Celebre por su piedad es la Semana Santa de CIUDAD REAL



CUANTAS Cofradías en la Semana Santa de Ciudad Real y qué alarde en los «pasos»! No tiene esta capital la tradición imaginera de algunas ciudades andaluzas o castellanas ni puede hacer la misma ostentación de oros, platas y bordados, sedas y joyas; le falta la tradición de tantas generaciones consagradas a lo que podríamos llamar esa especialidad devota de la Cofradía y el desfile procesional en Semana Santa; con todo, ¡qué hermosa, qué íntima y recogida y espiritualmente peculiar la Semana Santa de Ciudad Real! Esas procesiones constituyen el más preciado blasón de la urbe y justifican plenamente la raigambre y el abolengo de su fe. Ellas han elevado sensiblemente la tónica de su espiritualidad. Merced a ellas se ha forjado Ciudad Real una justa fama, que desborda el ámbito local para extenderse por la provincia y llegar a más lejanas tierras, de donde acuden forasteros para extasiarse en la contemplación de las solemnidades de esta Semana Santa en el severo corazón de la Mancha.

De Belén dijo el Profeta que no sería la mínima entre las ciudades de Judá, porque en ella había de nacer el Mesías; salvando las necesarias distancias, lo mismo puede aplicarse a Ciudad Real. En la conmemoración ferrosa, apasionada y emocionante del drama del Calvario, Ciudad Real es una de las primeras entre las españolas de antiguo dedicadas con singular brillantez a estas evocaciones. Con sus procesiones en auge de esplendor, con sus Cofradías en fiebre de reconstitución, con la compra de nuevas imágenes de positivo valor artístico y suntuario, con la solemnidad de los divinos oficios, parroquiales y catedralicios y, sobre todo con la modalidad mística y el austero ascetismo que imprime a las ceremonias evocadoras de la divina tragedia, Ciudad Real postula un puesto preferente entre las Dolorosas de España.

Y es que la urbe tiene un estilo propio, una manera auténticamente suya de celebrar la Semana Mayor, el pleno conformismo con la gesta decorativa y la sublimada realidad lancinante que en esos días llena las calles de Ciudad Real.

Vive Ciudad Real su Semana Santa en plenitud de existencia litúrgica celebrando los misterios redentores con acendrada devoción y un recogimiento verdaderamente claustral. Grave, medita-



ciba la tremenda elegía de da compunción y las lágrimas.

Parecen otros los vecinos todos de Ciudad Real: labriego, militar, hidalgo, menestral o magistrado. Al salir de sus casas sienten que algo les oprime el corazón y aprieta la garganta. Es el sentimiento, sedimentado año tras año en el espíritu, que dicta su ley. Es la emoción que absorbe el timbre de la voz y pone sordina en los vocablos. Las palabras se atenúan y parecen suspiros. Los gritos son raros y simulan lamentos. Las conversaciones son glosas al poema de la redención veinte veces secular.

Diríase que Ciudad Real está especialmente educada para esos días y para ese tremendo trance. Sentir hondamente y con intenso dramatismo las divinas torturas; compadecer tiernamente al Mártir del Gólgota; llorar la muerte del Justo; he aquí su ideal. A tono con esto, su interior compostura y su exterior atuendo.

Ciudad Real es como una Jerusalén a la inversa en el día del delirio. Su fisonomía se presenta como retablo de duelos. Sus calles son itinerarios de dolor. A manera de cenáculos, sus plazas donde se remansa la multitud, devota y expectante. Las santas imágenes salidas de los templos convierten el perímetro de la población en un vasto recinto sagrado. Por él discurren los nazarenos con sus capirotes morados, emblemas de sacrificio.

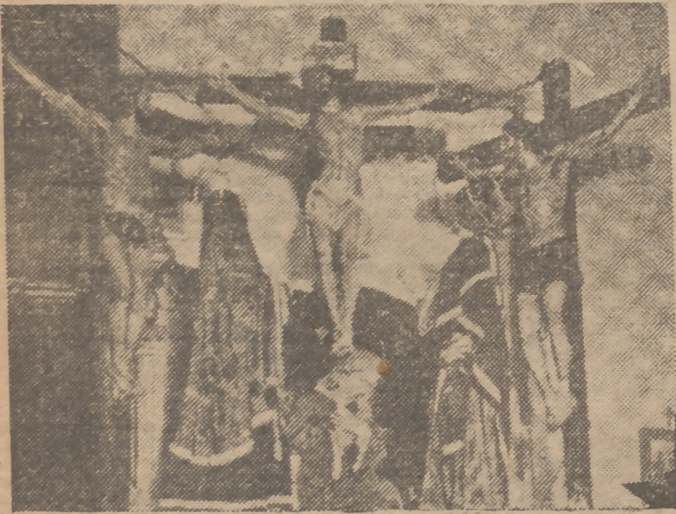
Ha cerrado la noche. Los pasos avanzan majestuosamente al son de las estrofas penitenciales. La plana mayor de los cofrades se detiene con frecuencia para contemplar amorosamente su imagen. La trágica comitiva, en ronda por la ciudad, va cerrando ya su círculo. Las llamas oscilantes de los cirios parecen saludar a las estrellas y éstas gocean oro sobre las túnicas galoneadas y llueven chispas sobre los escudos de los armados, donde relucen las iniciales del emblema romano: S. P. Q. R. En el paréntesis de los cantos litúrgicos y rompiendo el compacto silencio una saeta ha rasgado el aire. Va a decir al cielo, con acento emocionado y lenguaje de corazón, las cosas que pasan en la tierra, las esperanzas de los fieles... Otra saeta. Y otra... Y otra... Son los espontáneos del orfeón popular, los solistas de la Pasión...

Ciudad Real se suma a las escenas del sacrificio, inmolando su alma en holocausto de amor y compasión.

CIUDAD REAL LLAMA AL VIAJERO

EL aire medieval de esta espléndida ciudad nos devuelve a los tiempos de Alfonso el Sabio, su fundador, que la bautizó con el nombre de Villa Real. De sus viejas murallas no quedan mas que la mudéjar Puerta de Toledo, flanqueada de torres, y la de Ciruela, pero todo el recinto urbano conserva su noble aire antiguo, patente en la Catedral, con su interesante tesoro; la iglesia de Santiago, bella siempre, aunque la hayan perjudicado ciertas restauraciones poco inteligentes; las portadas gótica y mudéjar de la iglesia de San Pedro, y en el orden civil, el Palacio de Almagro y la casa natal de Pérez del Pulgar. ¡Bellas perspectivas sobre la historia de esta noble, recatada y silenciosa ciudad, donde las nuevas generaciones recortan nitidamente su provechosa actividad sobre el telón de fondo de los gloriosos recuerdos! Entonces Ciudad Real se alzaba en la línea fronteriza de los dos mundos hostiles: el musulmán y el cristiano, y señalaba con su presencia la avanzada del mundo hispánico contra los invasores procedentes del Mediodía. Asediada o sitiada muchas veces, destruida al fin por los árabes, su nombre actual lo debe a Don Juan II. También fué en cierto modo frontera o avanzada en las luchas de la burguesía contra los atropellos de la nobleza, especie de Fuenteovejuna sin drama que fundó aquí una de las primeras—acaso la primera—Santas Hermandades para defenderse de los señores feudales, más tarde convertidas en milicia para la persecución de bandoleros.

La agitada vida de Ciudad Real se remansa en los tiempos modernos, acogiendo a un merecido y bien ganado descanso. Por su pasado lleno de recuerdos y su presente repleto de esperanzas, Ciudad Real es digna de la atención del viajero. Cómodos alojamientos brinda ese complemento profano, sin el cual parecen deterioradas o no logradas las satisfacciones estéticas de los viajes. Ciudad Real llama al viajero y le ofrece su tipo dentro de un ambiente de refinada y señorial reserva.



Triunfo de la imaginaria en la Primavera de MURCIA



Las fiestas de la Semana Santa coinciden siempre con la primavera murciana. Junto al dolor de la Pasión, el bálsamo de los tallos floridos; cerca del silencioso fervor religioso está el júbilo de la resurrección de la huerta; al lado de las expresiones angustiadas de las imágenes, el arte dulcificador de la belleza que supo darles Salzillo...

Esto es la Semana Mayor de Murcia, única en España por la ardiente fe que la subraya y por el vivo acento que la caracteriza!

La Semana Santa de Murcia no sería posible sin la inspiración de sus grandes imagineros. En primer lugar llegaron a esta tierra de seda y azahar artistas extranjeros, como Juan de Ribagorza y Nicolás de Bussy; pero pronto estos grandes escultores se sienten arrebatados por el clima y el ambiente de la ciudad. Sus tallajes empiezan a enriquecerse con la caricia de lo mediterráneo y anuncian ya la aparición del arte genuinamente murciano de Francisco Salzillo.

Nuestro famoso imaginero nace en Murcia en 1707. Es hijo de un escultor de Capua que se casa con una doncella murciana. En el siglo XVIII la capta huertana e caracteriza por un constante progreso y un renacimiento piadoso. Se edifican templos y se constituyen Gremios y Cofradías. El pueblo rivaliza en un acendrado culto católico. Se celebran procesiones y fiestas religiosas. Francisco Salzillo se entrega de lleno a su vocación artística. Y hace escuela con su obra, destacando entre sus discípulos Roque López, Juan Porcel, fray Diego Francés, Manuel Caro y, posteriormente, Marcos Laborda y Baglietto, todos los cuales sumaron a la excelencia del arte del maestro obras que también encierran altas calidades.

LAS ANTIGUAS PENITENCIAS PUBLICAS

Estas grandes manifestaciones de fervor religioso durante los siglos XVI y XVII tenían carácter de "penitencias públicas". Salían de las antiguas ermitas de San Ginés de la Jara y de Santa Quiteria. Y eran dirigidas por un sacerdote, rodeado de penitentes descalzos, envueltos en andrajos, con los rostros llenos de ceniza, rodeados los cuerpos de cilicios, que salmodiaban con bronco acento:

¡Penitencia, pecador!
¡Abomina tu pecado!
Puedes acostarte vivo
¡y amanecer condenado!

Pero a fines del XVII ya se funda la Congregación de Nuestra Señora de la Esperanza, más conocida por la del "Pecado Mortal". Vivía de limosnas y sus hermanos recorrían las calles de la ciudad con imploraciones de caridad:

"Para hacer bien y decir misas por la conversión de los que están en pecado mortal."

Llegada la época de Cuaresma hacían "Misiones de salida pública", procesión con estandarte, doble fila de hermanos y sacerdote que portaba un Santo Cristo. Cuando llegaba este cortejo al lugar designado se colocaba la imagen en un altar y comenzaba la Misión. Durante el trayecto de ida y vuelta se recitaban en alta voz sentencias y admoniciones morales y se decían generalmente al cruzar ante las viviendas

en las que moraban personas de conducta dudosa.

Piensa que bien puede ser que te hayas amoriado cuando te has engalanado...

De este ascetismo profundo surgieron las actuales Cofradías, pudiendo señalarse como las primeras la de Nuestro Padre Jesús y la de la Preciosísima Sangre. También es muy antigua la del Prendimiento del Gremio de los sederos, que hoy se llama del Perdón. También de gran antigüedad es la establecida por unos comerciantes y conocida por el nombre de Los Servitas.

IMAGENES DE FAMA MUNDIAL

Hasta mediados del XVIII, las procesiones de Semana Santa no adquirieron la brillantez artística con que ahora las conocemos. A esto contribuye el florecimiento de la imaginaria religiosa. Las Cofradías comienzan a efectuar encargos a los escultores. Nicolás de Bussi trabap para la Preciosísima Sangre y talla el Cristo lloroso, perfecto de anatomía y de asombrosa expresión realista. Unos ángeles recogen la sangre que mana del costado de Cristo en cálices de oro. También logra este escultor "La Negación", "El Pretorio" y "La Soledad". Para la Cofradía del Perdón crea el "paso" del "Prendimiento".

Al genio de Francisco Salzillo debemos el grupo de "Las Angustias", realizado para la Cofradía de los Servitas, de la iglesia de San Bartolomé. Es una de sus obras maestras, en la que Cristo está caído en el seno de la Madre y ésta levanta la faz al cielo en una actitud acongelada y tiernísima. Salzillo hace también las imágenes para la Cofradía de Nuestro Padre Jesús y crea el retablo de la Pasión del Señor, poema perfecto de forma y espíritu. Desajunamos entre estas imágenes, todas ellas cautivadoras, la singular belleza del ángel de "La oración del Huerto", la expresión indescriptible de "El beso de Judas", la ingenua gallardía de "San Juan", la belleza impar de la "Dolorosa"; concepciones maravillosas cuya fama se ha hecho universal.

Junto a estas sublimes creaciones no queremos dejar de citar los "pasos" que encargó la Cofradía de la Sangre a Roque López, y que son la "Dolorosa" y la "Samaritana".

LAS ACTUALES PROCESIONES Y COFRADIAS

Destacan las procesiones de la ciudad del Segura tanto por su riqueza artística como espiritual. Casi todas son de penitencia, y los nazarenos visten sin boato ni suntuosidad. Los tronos tampoco son demasiado espectaculares.

Seis desfiles comprenden estas procesiones, organizadas por las correspondientes Cofradías: Servitas, del Silencio, del Perdón, del Cristo de la Sangre, de Nuestro Padre Jesús, del Santo Sepulcro... Y entre las nuevas Cofradías hay que citar la del Refugio, que tiene su sede en la iglesia de San Lorenzo y sale el Jueves Santo, a las doce de la noche; la del Cristo del Rescate, que sale de la iglesia de San Juan Bautista, y, después de muchos años de suspensión, el pasado año ha vuelto a salir el domingo de Pascua la del Resucitado, en la que los nazarenos visten de raso blanco y, en vez de cilios, portan ramos de flores...

POR LAS CALLES LLENAS DE FIELES

Los majestuosos y recogidos desfiles suelen pasar por la conocida plaza de Belluga, encuadrada por la imponente catedralicia, maravilloso biombo barroco del palacio del obispo, y parte del Seminario, obra dieciochesca. También figuran en el itinerario las calles de la Platería y Trapería, similares a la de la Sierpe, de Sevilla; la Frereria, plaza de Santa Catalina, calle de la Merced... Barrio del Carmen, Puente Viejo... Todas estas vías y lugares se colman de fervores y pégarias cuando "los azules" pasan con celestes túnicas de nazarenos, o los capirotes de "los colorados" marcan con sus conos oscilantes el paso de la procesión. Y la multitud forma nutridas riberas para el cauce por donde, como barcas que navegan sobre corazones, pasan los "tronos" resplandecientes de luces... En las bocacalles, los vendedores ambulantes ofrecen los clásicos caramelos largos, hechos con azúcar y esencias. Y los sirven envueltos en copias y aveluyas de tono devoto o profano, escritas por poetas locales...

Los portadores de los "pasos", de entre la túnica que se abullona por la presión del cintillo sacan caramelos, monas con huevo duro, pastillas de café con leche, habas tiernas, que van comiendo... y regalando...

Las murclanas, bajo sus mantillas, pronuncian sus pégarias y se arrodillan al cruzar los tronos.

Y el concentrado misticismo de Murcia estremécese ante estos solemnes actos que rememoran la Pasión y Muerte de Cristo y palpita a la vez humilladamente ante el inmediato día de la Resurrección, cuando el aleteo sonar de las campanas hablarán a las almas de la Pascua gloriosa y florida...



¡ALELUYA! ¡ALELUYA!

EL BANDO DE LA HUERTA

Las fiestas religiosas siguen inmediatamente a las fiestas profanas. Al Aleluya del Sábado de Gloria se suma el estampido de los cohetes anunciadores de las llamadas "Fiestas de Primavera". Y si la primavera es bella en cualquier lugar del mundo, inútil será describir la hermosura de la primavera en Murcia, cuando todo es color y luz en la huerta, cuando el Segura trae en su cauce perfume de naranjos, violetas y claveles, cuando un clima de ensueño nos rodea de verdor de moreras y capullos de seda...

Estas ferias primaverales suelen iniciarse con el desfile del "Bando de la Huerta", que recorre las principales calles murcia-



ras colmándolas de tipismo local. Los huertanos, que dan vida a la ciudad, invaden sus arterias y circulan con su pintoresca indumentaria y su sabia artesanía. Reflejo del ambiente rural es este "Bando", en el que la cabalgata viene a ser como un homena-

EL ENTIERRO DE LA SARDINA

Y por último, como remate a tanta alegría, en la que no faltan las acozumbradas fiestas de todos los programas de las grandes capitales en ferias, tenemos que citar el pintoresco "Entierro de la Sardina". Así como Valencia tiene sus "fallas", y Alicante sus "fogueres", Murcia tiene esta cabalgata deslumbrante y sugestiva, en la que parece que se quiere salir de las abstinencias pasadas para quemar y reducir a cenizas la sardina cuaresmal.

El sentido de esta fiesta es de sano humorismo. En ella suelen inspirarse los artistas locales con brillante ingenio. Representaciones más o menos mitológicas, comparsas nutridas, disfraces originalísimos, largas filas de hachoneros con sus antorchas y sus bengalas haciendo un río de luz en la obscuridad de la noche, gigantes y cabezudos... hasta llegar a una grandiosa apoteosis en la que la categoría regia de la sardina es quemada entre disparos de cohetes y fuegos de artificio que dicen bien del efímero reinado de los seres en este mundo.

LA BATALLA DE FLORES

Y Murcia vuelve luego a su vida normal, con arrullo de acaudalada belleza de estas grandes naves desbordantes de dalias, alheñes, claveles, que bogan por las amplias avenidas y por los parques entre una lluvia constante de pétalos.

Si queremos amar la esplendor de la Naturaleza no tenemos más que asistir a esta exaltación de

MURCIA ES UNA CIUDAD CON CARICIAS DE SEDA

MURCIA es una de las ciudades españolas de más bello emplazamiento: en el centro de su renombrada huerta, que fertiliza el río Segura. Cuenta con hermosos parques y paseos, como Floridablanca, Camino Nuevo, Alameda de Capuchinos, Arenal, etc. Entre sus edificios notables está la Catedral, consagrada en 1467, con magnífica torre de noventa metros de altura.

También merecen mencionarse el grandioso palacio episcopal, del siglo XVIII, de estilo barroco; la iglesia del Hospital de San Juan de Dios; los colegios de San Isidoro y San Fulgencio; la iglesia renacentista de San Esteban o de la Misericordia; la ermita de Jesús, donde se guardan los famosos "pasos" de Salzillo; varias casas solariegas y típicas del XVIII; su Museo Provincial, que conserva, entre otras obras de subido valor artístico, "El Belén", de Salzillo, colección única de geniales figuras del Nacimiento.

Murcia, capital del "reino serenísimo de la luz y el sol", disfruta de clima privilegiado, con inviernos, primaveras y otoños que son pura delicia. Es ciudad rica en notas típicas y pintorescas. Jun-

to a una zona modernizada y perfecta de urbanización, conserva costumbres y fiestas de antiguo abolengo.

Murcia, rodeada de su huerta, resulta un hermoso oasis creado por el hombre, que ha sabido utilizar las aguas del río y las fértiles tierras de su valle. Verdes moreras, sabrosos productos huertanos, olivos, naranjos, limoneros, granados... Toda clase de frutas que se elevan en un aire oriental, con paisaje de palmeras de abiertos panachos y cipreses garbosos. Entre esta vegetación exorbitante asoman las casas de los huertanos, típicas viviendas de blancos muros y cubierta pajiza...

Murcia ofrece, además, al viajero bellísimas excursiones: La Nora, con su convento de Jerónimos y su ruada de regadío; los castillos de Monteagudo y Puerto de la Cadena; la Sierra de la Fuensanta, con el santuario de la Virgen de este nombre, Patrona de Murcia; el bello Mar Menor, albufera formada entre el Cabo de Palos y la barra de San Pedro del Pinatar...

Murcia es una ciudad de finas calidades, con caricia de seda, que prende para siempre con sutil tejido el ánimo del visitante.



Siempre en el recuerdo

GRANADA y su Semana Santa

joven y vieja, igual que una diosa medio dormida sobre un lecho de mirtos y de rosas, perfumado por los lirios y los naranjos".

Y comoquiera que la historia de Granada está escrita en puro romance, por qué no hemos de recurrir a como nos la pinta Abenamar en sus versos encantadores, cuando le preguntan: "¿Qué castillos son aquéllos?"

extraordinario realismo. Tampoco podemos olvidar los Crucificados de Pablo de Rojas; las bellas Concepciones de Martínez Montañés; las estatuas maravillosas y sentidas de Risueño y Ruiz de Peral. Y las representaciones de insuperable acierto que legó con su gubia a Granada José de Mora. Todos ellos han sabido impregnar la materia inerte del leño con el hábito de la belleza y de la gracia.

TODOS LOS DIAS DE LA SEMANA TIENEN SUS PROCESIONES

Cuando se aproximan los días de la Semana Santa todas las Cofradías rivalizan por organizar mejor los procesionales desfiles. Se acercan a la veintena estas Congregaciones o Hermandades religiosas movidas por el ejercicio de la piedad.

Desde el Domingo de Ramos hasta el mismo de Resurrección cruzan por las vías granadinas los cortejos procesionales. Inicia los desfiles en la festividad de las Palmas la Real Cofradía de la Santa Cena Sacramental y María Santísima de la Esperanza, cuyas esculturas se deben al imaginero granadino Eduardo Espinosa, y también ese día se organiza la procesión de la "Entrada de Jesús en Jerusalén", que patrocina la Federación de Cofradías; el Lunes Santo salen las procesiones de la Cofradía llamada de la Oración de Nuestro Señor en el Huerto y María Santísima de la Amargura, a la que siguen dos procesiones más: la de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús del Rescate, la de Nuestra Señora de los Dolores y la del Jesús del Perdón y Nuestra Señora de la Aurora.

El Martes Santo cruzan por las calles de Granada tres procesiones: la primera, organizada por la Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Humildad y de la Soledad de Nuestra Señora; la segunda, por la de Nuestro Padre Jesús de la Sentencia y María Santísima de las Maravillas; y la tercera, por la Real Cofradía del Santo Via-Crucis, que es la más antigua de Granada, con la moderna imagen del "Nazareno y la Cruz a Cuestas", bella escultura de Roldán de la Plata.

El Miércoles Santo salen otras cuatro Cofradías: la de Nuestra Señora de la Esperanza, conocida vulgarmente por la "de los Banqueros"; la de Nuestra Señora del Rosario en sus Misterios Dolorosos, y la del Santísimo Cristo del Consuelo, que va hasta Sacro-Monte.

El día de máximo esplendor es el de Jueves Santo. Desfilan en esa fecha la Cofradía del Santísimo Cristo de los Favores y María Santísima Virgen de las Angustias de Santa María de la Alhambra, y la procesión que organiza la Pontificia y Real Cofradía del Santísimo Cristo de la Misericordia, vulgarmente conocida por el nombre de la "procesión del Silencio", y en la que figura la mejor obra del imaginero José de Mora.

El Viernes Santo hace su desfile, a primera hora de la mañana, la Real Cofradía del Via-Crucis, que recorre el pintoresco barrio del Albalcín la de la Cofradía de la Humildad, en su procesión de la Soledad al Campo del Principio; la del Santísimo Cristo de la Expiración y Nuestra Señora del Mayor Dolor; la del Santo Entierro, de carácter oficial, y la organizada por la Real Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad y del Descendimiento del Señor.

El Sábado Santo dirige una brillante procesión la Cofradía de Jesús Resucitado.

CONJUNTO ARMONICO DE RELIGIOSIDAD Y ARTE

Todas estas manifestaciones procesionales forman, a través de una semana, como un conjunto armónico de religiosidad, de arte, de piedad, de misticismo, en el que parece que los templos se abren para levantar sus aras en las calles de la ciudad y ensanchar el espacio encastillado de sus iglesias hasta formar una grandiosa catedral que tiene por recinto el contorno de toda Granada y por bóveda el azul celeste del cielo. Las procesiones son como oraciones gigantescas que hace todo un pueblo al propalar sincera y francamente su fe en Cristo Dios. Y las calles y las plazas de Granada, por arte y gracia de lo divino, brindan al visitante en estos señalados días un espectáculo grandioso con estas vivas escenas de la Sacratísima Pasión, que hablan a las gentes con la sencillez de un catecismo y con la auténtica elocuencia de una verdad evangélica.



UNAMUNO NO SUPO DESCRIBIR A GRANADA

SEGUN nuestro Romancero, el cetro de Granada disputábase entre tres Reyes moros, cosa que no puede sorprender a quien conozca la bella ciudad, a la que sitiaron los cristianos, y de la que decía Mohamed Zegri al Rey Chico:

—Nuevas te traigo, señor, y una muy mala embajada: por ese fresco Genil mucha gente viene armada; sus banderas traen tendidas, pueslas a son de batalla; un estandarte dorado en el cual viene bordada una muy hermosa cruz que más relumbra que plata, y un Cristo crucificado traía por cada banda. General de aquella gente el Rey Fernando se llama...

Hernán Pérez del Pulgar clava el rótulo del Ave María en la Mezquita, y esta hermosísima ciudad, comparada por un historiador árabe "a una copa de plata rebosante de esmeraldas y piedras preciosas", se ganó así para el catolicismo con el fin de que después fuera como un relicario de gemas espirituales.

Resulta en verdad difícil describir a la ciudad de los cármenes. Miguel de Unamuno, nuestro gran pensador, vivió quince días en el Albaicín y no pudo trazar ni una sola línea de Granada. "No hay palabras—decía Unamuno hondamente emocionado—para relatar la santa caída de la tarde sobre la vega granadina." Castejar, con su florida oratoria, dijo que el Edén prometido por el Profeta está en la frescura de sus valles, en la belleza de sus montañas, en la pureza de su cielo. Y Chateaubriand, el inolvidable autor del "Genio del Cristianismo", afirma que Granada, "al pie del ampo declive septentrional de Sierra Nevada, y entre las crestas de dos montañas separadas por un ancho y delicioso valle, se eleva como otro Olimpo, siempre

¡Todos nos casaríamos con Granada! la capitán acariciada por los famosos ríos del Darro y del Genil, y si a su natural hermosura se le suma el realce de su maravillosa Semana Santa, entonces bien podremos decir que es como un templo abierto que nos lleva a la adoración directa de la divinidad.

PRIMORES PARA LA SEMANA SANTA

Desde muchos meses antes, el Domingo de Ramos que inicia la Semana Mayor, Granada se como un taller de laboriosos artesanos que ponen en su obra lo mejor de su ciencia, su característica personalidad y su más acendrado amor. Ese temperamento concentrado y sereno del granadino presta su sello al primor de su trabajo. No vamos a entrar ahora en las grandes obras maestras que sus imagineros tallaron para los "pasos" de sus procesiones, sino que queremos penetrar en lo menudo, en el detalle, en lo que parece escaparse a la pública contemplación. Hay que penetrar en los obradores granadinos para darse perfecta cuenta de lo que hace el arte del vestido al manejar los rasos y terciopelos para las túnicas de los nazarenos; hay que buscar a los cinceladores y filigranistas para admirar esos milagros de la orfebrería que brillan con cien resplandores sobre las cabezas aureoladas de las imágenes en el Viernes Santo; los sombrereros viven enfrascados en su tarea construyendo los puntiaguados capirotos; las rejas andaluzas de las casas son obra de viejos forjadores; y si queréis hallar a las creadoras de esos recamados que adornan mantos, dosetes y paliós; si queréis buscar a las que tejen espumas y encajes para los atares y para que la granadina se ponga la garbosa mantilla española, tenéis que entrar con paso quedo en los recogidos claustros, con el fin de admirar las manos monjicas que no se fatigan en fabricar estrellas y calados...

Granada gasta millares y millares de pesetas para que cada año que pasa el esplendor de su Semana Santa supere al anterior. En un reciente viaje que hicimos a Granada, un conocido cronista nos manifestó que quizá sobrepase el millón de pesetas lo que emplea Granada para realizar su Semana Santa. Y el viajero que escoge estos días el marco maravilloso del granadino paisaje para conocer sus procesiones no puede dudar que la riqueza ha sabido coadyuvar en Granada a que la conmemoración de la Pasión y Muerte de Cristo tenga toda la solemnidad y magnificencia que requiere el más trascendental drama humano y divino.

LOS INSPIRADOS IMAGINEROS DE GRANADA

Las imágenes que salen durante los días santos en las procesiones granadinas realizan su materia con la espiritualidad que han sabido imprimirles sus geniales creadores. El fundador de la escuela granadina es el famoso Alonso Cano, autor de muchas esculturas que avaloran la Semana Santa de los cármenes, y entre las que destaca la conocida imagen del Nazareno, que se venera en la inclita ciudad de los Reyes Católicos. Muy difícil resulta expresar sobre la áspera madera de los árboles de sus montañas la viva línea de los Cristos doloridos que hacen vibrar de emoción a los fieles.

Discípulos de este singular maestro es el escultor Mena, cuyas creaciones poseen también

Es una ciudad sorprendente

DURANTE la época romana se habla del Municipio de Iliberis, que, probablemente, corresponde a la actual población de Granada. Con la invasión árabe se inicia su celebridad y, al fracccionarse el califato de Córdoba, quedó convertida en capital de un reino musulmán. Con su conquista, por los Reyes Católicos, se determina la unidad nacional española.

En la actualidad cuenta con 160.000 habitantes. Se halla situada sobre dos históricas colinas: Alhambra y Albaicín, en las estribaciones de Sierra Nevada. El río Darro divide a Granada en dos partes, dejando a la derecha el pintoresco barrio gitano y la mayor parte de la población moderna; a la izquierda quedan la Alhambra y el Generalife.

La fisonomía típica de Granada hay que buscarla en los rincones de sus barrios viejos, que gozan de extraordinario

ambiente: San Justo, Realejo, Mauror, Albaicín... Callejas tortuosas, plazas graciosas, conventos, iglesias mudéjares, casas moriscas o solariegas de caudillos de la Reconquista, alfareros y tejares que nos hablan de vieja artesanía; deliciosos cármenes con sus rosales, surtidores y verde fronda...

Entre sus monumentos que no pueden dejar de ser visitados figuran: la Alhambra, tesoro granadino, palacio y fortaleza árabe, construida en lo alto de una colina, a cuyos pies discurre el Darro, y rodeada de bosque susurrante de pájaros y rumor de fuentes... Data esta joya del arte musulmán del siglo XII.

Merecen también especial mención su bella Catedral, obra del reinado de Felipe II; el Generalife; el palacio de Carlos V; la Capilla Real, construida por iniciativa de los Reyes Católicos; las iglesias de San Pedro y San Pablo; Santa Ana; San Juan de los Reyes; San

Luis; San Bartolomé; San Cristóbal; San Ildefonso y San Jerónimo; la Cartuja; la Casa de los Tiros...

Cuenta con magníficos Museos y con Universidad. Es sede arzobispal.

Como fiestas señeras de Granada están la del 2 de enero, aniversario de su rendición a los Reyes Católicos; su impar Semana Santa, y el Corpus Christi, que se celebra en la ciudad de los cármenes con el máximo esplendor.

La variedad de bellezas que encierra Granada, realzadas por el encanto de sus vergeles, de su cielo y de su luz, otorgan a dicha ciudad un puesto señaladísimo en el turismo universal.

El famoso e infatigable viajero Ibn Batuta, que recorrió todo el mundo, dice que desde Oriente a Occidente no hay nada en la tierra que pueda igualarse con Granada: espejo fiel de lo que puede ser la Gloria.



¡Solo GRANADA puede tener estas procesiones y solo estas procesiones puede tener GRANADA!



GRANADA destaca entre toda Andalucía por tres rasgos esenciales: hondo sentimiento, fervorosa religiosidad y singular ambiente. Su profundo sentir hace que el pueblo granadino irrumpa en su Semana Santa con la misma eclosión que la nieve en los almenados y el azahar en los toronjales. En estas fiestas piadosas hay como una primavera de floraciones espirituales. Y así como la Naturaleza llena de color los campos, también el día santo de Granada rebosa de preces, de lágrimas, de cirios, de saetas, de adoraciones, de penitencia...

En cuanto a la emocionada piedad de Granada en el culto de su arte religioso, ahí está su veintena de procesiones, sus activas Hermandades y Cofradías, la fidelidad a sus más caras costumbres tradicionales, sus sinceras virtudes católicas. Todo ello en un marco de excepcional lucidez urbana, merced en buena parte al acierto del Gobierno Civil y la Alcaldía de Granada, o ganismos ambos que se completan en una colaboración llena de aciertos, y pueden señalarse como ejemplo y modelo al resto de España.

Y si nos referimos a lo característico de su ambiente, a su especial idiosincrasia, no tenemos más que recorrer el marco inigualable en el que se desenvuelven sus cortejos procesionales: jardines de la Alhambra, cuevas gitanas del Sacro Monte, calles empinadas del típico Albaicín... ¡Solo Granada puede tener estas procesiones y solo estas procesiones pueden tener a esta Granada!



camino del Sacro Monte, rodeadas las imágenes por los rostros bronceados de los gitanos e iluminado el trayecto por hogueras que se encienden junto a las chumberas y a las pitas, para ofrecer ese aspecto genuino de tan famoso paraje.

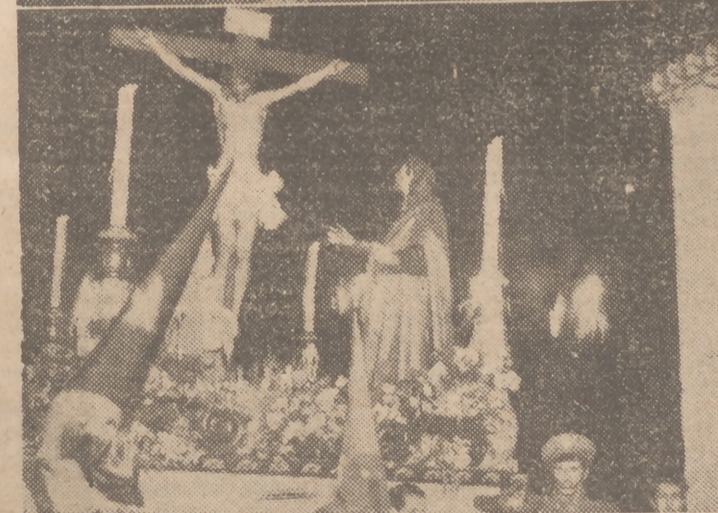
Reclama también extraordinariamente nuestra curiosidad de viajeros hasta dejarnos un recuerdo imborrable el desfile de la procesión que organiza la Cofradía del Santísimo Cristo de la Expiración y Nuestra Señora del Mayor Dolor, cuyas imágenes han sido creadas por José de Mora. La Virgen va sobre trono de magnífico estilo andaluz, con magnífica candelaria de bronce; lleva palio bordado en oro, con los escudos de España y de Granada y los atributos de la Pasión. Uno de los momentos más emocionantes de su trayecto es cuando cruza por el puente del Genil. En ese preciso instante se encienden bengalas multicolores, que se reflejan sobre las aguas y dan extrañas y bellísimas tonalidades a los «pasos». Se ha comparado este indescriptible momento al desfile sevillano del Cachorro por el puente de Triana.

También se gana la mayoría de las alabanzas la procesión de Nuestro Señor de los Favores, que a las tres de la tarde hace estación en el Campo del Príncipe, donde una muchadumbre de fieles que allí se congrega pide que se les conceda una de las tres gracias que solicitan, siguiendo antiguas tradiciones. Es de extraordinaria emoción el instante en que toda la ciudad, congregada en la amplísima explanada, se arrodilla y solicita lo que más quiere. Allí también se reza el ejercicio de las Cinco Llagas con profunda devoción.

«No puede olvidarse tampoco la asistencia a la procesión del Santo Entierro, en la que desfilan los «pasos» de la Dolorosa y la magnífica urna de plata, concha y cristal donde yace la imagen del Salvador, obra de la orfebrería del siglo XVII. A ella asisten las autoridades y forman singular contraste los uniformes civiles con los hábitos religiosos, las guerreras militares con las túnicas de los nazarenos, las corazas de la guardia romana con los roquetes y vestidos sacerdotales.

Y una de las más bellas y emocionantes procesiones es la de la Virgen de las Angustias de la Alhambra, bajo cuyo túnel de verdor y fronda tiene el «paso» de la Cofradía un insuperable palio de ensueño. A la sombra de los árboles y de los torreones las luces de las velas se tamizan entre nubes de incienso y oraciones. Las viejas piedras del palacio adquieren tonos extraños. Al llegar a la Puerta de Justicia la procesión se transforma en una deslumbrante apoteosis. El trayecto que va luego desde este punto hasta la Puerta de las Granadas es un alarde de ofrendas luminosas, que parecen incendiario todo con una sinfonía de luces y colores. Los que ven a la Virgen de la Alhambra descender a la ciudad no olvidarán jamás el desfile de este maravilloso cortejo, en los que la imagen parece que anda sobre un arco de fuego sobrenatural y milagroso.

Todavía podría hablarse del paso de las procesiones por la carrera del Darro, que si se contempla el desfile de las Cofradías desde las vertientes de la Alhambra puede observarse el encendido de millares de cirios y candelas entre las celosías de los conventos como suaves luciérnagas que tiemblan en la noche con el grito agudo de las saetas, cantadas por muchachos subidos a los árboles o entonadas tras las rejas de las vírgenes enclaustradas. Pero esto sería una relación cristiana inagotable de gratisimas sensaciones e infinitos matices espirituales que ningún ser humano es capaz de narrar.



A nosotros nos gustaría seguir paso a paso, como el más devoto de sus nazarenos, todas las procesiones que en Semana Santa desfilan por las calles de la ciudad del Darro. Pero esto sería muy difícil y acaso cansara la atención del lector. Queremos sólo referirnos a las principales que salen el Miércoles, Jueves y Viernes Santos, que indudablemente son los días en los que la Semana Dolorosa adquiere su máxima expresión.

Destaquemos entre las numerosas procesiones aquellas que llaman con poderoso vigor la atención del forastero.

Está en uno de los primeros lugares la procesión del Santísimo Cristo del Consuelo, llamada «la de los gitanos». En la misma figuran las conocidas imágenes del Crucificado, obra del imaginero Risueño, y la Dolorosa, del escultor Mora. Sale ya anochecido, y en plena oscuridad entra en el típico paseo de los Tristes, para iniciar después la subida por la cuesta del Chapiz. Luego se interna por las tortuosas calles albacineras y gana el

A Si es la Semana Dolorosa en la ciudad de los Cármes, en la que todo el pueblo granadino acude para desagraviar al Señor y para arrepentirse de sus pecados. En estos santos días las mujeres granadinas son como aquellas que no abandonaron a Jesús en su penoso camino del Calvario, camino tan similar al de las pinas cuestras del Albaicín, en la que los hombres son como dolientes Cirineos que anhelan ayudar a llevar la cruz del Salvador, y conducen los «pasos» por las estrechas calles de los pintorescos barrios, empedradas con cortantes guijarros, y, sin embargo, las imágenes recorren el camino sin apenas vaivenes, como guiadas por la dulzura y la delicadeza de los que saben mitigar el sufrimiento divino con una conducta ejemplar, como la de los justos varones que rescataron con entrañable amor el cuerpo de Cristo para ungirlo de ricos aromas y depositarlo en el sepulcro nuevo con esperanza de la inmediata resurrección y gloria del que sufrió muerte y pasión para redimir a nosotros pecadores...

PIROPO de Chateaubriand a Granada

«Al pie del amplio declive septentrional de Sierra Nevada, y entre las crestas de dos montañas separadas por un ancho y delicioso valle, se eleva, como otro Olimpo, aquella antigua ciudad, siempre joven y vieja, que parece como una diosa medio dormida sobre un lecho de mirtos y de rosas, perfumado por las lilas y los naranjos. Sus palacios y sus casas, construidos en escalones, como las ventanas las galerías de un gran circo, ofrecen la apariencia de una granada abierta, de donde procede su nombre. Dos ríos famosos, tan relacionados con los poetas como con Ceres y Pomona, el Genil y el Darro, alegran los cielos de sus muros y, con promesas de oro y plata en sus arenas, llegan hasta sus puertas, y se extienden y ensanchan y fertilizan con sus acequias un gigantesco jardín de calorico leguas en cuadro. Esta enorme vega sobre la que Granada impera como una reina en su trono, en sí misma representa el tributo de cien naciones. Allí veis los rampantes olivos, cargados de un fruto pardo-verdoso; las viñas verdecentes y sus tallos multicolores mezclados con jazmines; allí los senderos y los laberintos de la espesa floresta de árboles frutales importados y aclimatados desde todos los rincones del globo; allí los elegantes almenados hacen brotar sus flores en la nieve; aquí los frios castaños decoran la ladera silvestre de una montaña y adornan el obscuro emplazamiento de una fuente y, más adelante, el naranjo y el limonero embalsaman el zafiro celeste, y todavía la blanda y cimbreante palmera, el brillante granado, la higuera lujuriosa, el nórdico castaño, la oriental zarzamora, el rojo escaramujo, el amarillo nopal, la azufraí violada, el robusto cedro, el silencioso ciprés y, más allá, el roble siempre verde, el abano y el roble, que desafían las tempestades en las alturas, hacia el Oeste, las cadenas de colinas y montañas que se suceden hasta perderse de vista; la oculta morada de los falsanes y los cisnes; de aquel lado, los picos, cuyas nieves siempre eternas alimentan dieciocho ríos; de éste, las alturas de Parapan-da y Sierra Elvira, la rival de Faros, la totalidad de un espectáculo magnífico ofrecido a nuestra vista, suscitando los más fantásticos sueños de la imaginación y haciendo imposible para los sentidos la aprehensión de tan diversas y múltiples sensaciones. Un cielo encantado, un aire puro y delicioso, una sorprendente delicia identificada con la verdadera esencia de la vida; aguas apañadas con un soplar y respirar como en un sueño; llenan el alma y penetran en el corazón con la alegría de aquella tierra...

CHATEAUBRIAND

LAS PROCESIONES DE CUENCA

sobria muestra de castellano fervor



LA Semana Santa conquense tuvo siempre un encanto especial: encanto de sorpresas y de perspectivas para el forastero; encanto de recogimiento para el piadoso; encanto de visualidad para el artista.

Nadie podría imaginar que un pueblo, pobre de recursos materiales, haya logrado superarse a sí mismo con la riqueza de su constancia y de su esfuerzo al organizar su famosa Semana Santa.

El recóndito secreto de su triunfo hay que buscarlo en la hondura y en la unanimidad de los sentimientos populares. Los conquenses saben que su región atesora maravillosas hoces, formaciones geológicas de singular belleza, paisajes típicos extraordinarios, monumentos antiguos de gran mérito y caprichos naturales sin par entre sus congéneres. Con el ufano deleite de una dama vanidosa cuando enseña, una por una, sus ricas alhajas, exhiben los conquenses a sus admirados visitantes su Catedral, única en el estilo gótico normando; su Ciudad Encantada, sus Torcas de los Palancares, sus Ventanos de Villalba, su Rincón de Uña, su Hoz de Beteta, su circo majestuoso del Solán de Cabras, su escorialense Monasterio de Uclés, su histórico castillo de Belmonte y su primorosa Colegiata de Villaescusa de Haro; pero cuando recogen el que pudiéramos llamar su joyero, para descubrir, una vez al año, la mágica vitrina de sus procesiones pasionales, calla la jactancia y habla la emoción. Las joyas naturales o artísticas son peculio heredado del tiempo y de la Historia. La Semana Santa es la creación propia, la obra de todos, la hija del esfuerzo colectivo, generoso y actual.

Hace medio siglo se hundió, sigilosa y sin ruido, como quien delinque, la torre de su templo Prelaticio, quebrantando la solidez secular de bóvedas y columnas. Cuenca contempló la desgracia con dolorida pasividad, mientras el Estado sufragaba lentamente los cuantiosos gastos de la reconstrucción. En cambio, para rehacer los "pasos", consumidos en hogueras sacrílegas por la tea de tristes convulsiones durante nuestra tragedia patria, no requirió el auxilio de nadie. Era el deber de todos, la voluntad de todos, el amor de todos, el patrimonio de todos, el orgullo santo de todos, y así, con la suma incesante de las pequeñas aportaciones, como abejas de una misma colmena o muchedumbre laboriosa de un mismo hormiguero, renovaron los conquenses el tesoro perdido para satisfacer una imperiosa necesidad espiritual y para mantener incólume una tradición bien orientada, que acarician como su mayor timbre de gloria. Aquellos desfiles conmemorativos del redentor deicidio son el logrado fruto de una voluntad firme y universal que no entiendo de mezquindades ni de regateos.

Cada vecino de la ciudad, sin otro

requerimiento que aquel formulado por su propia devoción entusiasta, ingresa en una Cofradía, y desde ese momento sus pequeños ahorros se reservan para costear el hábito penitente, la cuota de cofrade y las derramas exigidas por los dispendios de la Hermandad. Generalmente no ingresa solo; lleva con él a sus hijos varones desde la infancia. No se contenta tampoco, muchas veces, con pertenecer a una sola Congregación; se hace inscribir en varias, porque su inquietud fervorosa persigue la magnificencia del conjunto antes que cualquier fausto rumboso y antagonista del empeño aislado. No limita su sacrificio a formar en los rosarios de nazarenos, cortejo tras cortejo penitencial, durante las largas horas comprendidas entre dos doradas auroras; quiere sentir sobre sus hombros el sagrado peso de las imágenes, y para lograrlo acude con todos sus modestos haberes a las pujas previas, donde se adjudican lugares en los banzos al mejor postor. No tasa, en fin, su colaboración inagotable; da y se da; entrega su cuerpo y su espíritu, sus monedas y sus sentimientos, sus afanes y sus ilusiones; cuanto tiene, cuanto puede, cuanto sirve, cuanto vale, con el desprendimiento generoso de quien anhela rendir culto a su Dios Grande y quiere velar por los prestigios de su patria chica.

Y así, ofrecen a los ojos de la Patria común el cjemplar espectáculo de una Semana Santa recoleta, suntuosa, emotiva y disciplinada, que toma por asalto los ojos para conquistar los corazones.

Y así, convierten las vías públicas de la ciudad baja en naves espléndidas de colosales templos, y las calles tortuosas, ondulantes y retrepadas de la ciudad vieja, en caminos de ascetismo y de Calvario, entre muchedumbres que rezan, cabezas que se descubren y rodillas que se doblan humildes ante los misterios de la Redención.

Y así, transforman la red urbana en galerías de un valioso museo sacro, donde cautivan miradas y afectos maravillosas tallas de Marco Pérez, heredero de las gubias que inmortalizó Gregorio Hernández, de Capuz y de Coullaut Valera, fieles a los merecidos renombres de sus apellidos, al perpetuar, éstos y aquél, las escenas del dolor divino en esculturas que alientan y en carnes de madera que palpitan, vivificadas por el acierto insuperable de la creación.

El escudo de la escarpada y altiva ciudad castellana ostenta un cáliz a los pies de una estrella, y estos hermosos símbolos parecen cobrar más vigor emblemático en los días luctuosos de la Santa Semana. Parecen decir que Cuenca eleva el cáliz de sus amarguras al astro viajero que un día condujo a los Reyes Orientales en busca de Jesús.

Luis MARTINEZ KLEISER
(De la Real Academia Española)



PASION Y GLORIA de la Semana Santa conquense

Por FEDERICO MUELAS

CUALQUIER época del año es buena para la sorpresa del viajero en Cuenca. Conocerla ya es otro cantar, que no son estas tierras que se entregan al primero que llega. Buen mozo era don Alfonso el de las Navas y hubo de hacer méritos de asedio desde Reyes a San Mateo en aquellos tiempos de inviernos largos y veranos breves y violentos.

Te decía, viajero, que si buscas la sorpresa, venas cuando quieras. Yo te aconsejaría quizá el otoño, cuando los chopos con "rojo"—que diría don Miguel de Unamuno, hablando de estos chopos de Cuenca—parecen cirios encendidos. Entonces, la gran custodia de piedra que Cuenca es suele ofrecerse en toda su pureza, en pura plata—que es el color de Cuenca—, tierra de orfebres, y no los Becerriles sólo. Pero si quieres llegar más dentro, iniciándote en su secreto, ven para los días de Pasión. Y hazlo preparado, como cumple a todo calecúmeno, que, vuelvo a repetirte, no es esta tierra fácil que se rinda al "Kodak" y al "Baedeker".

CUENCA, SOÑADORA DE RECUERDOS

CUENCA, con tres mil años de historia—como en Troya podrían reconocerse siete ciudades superpuestas—vive ausente, con los ojos vueltos hacia ese dilatado ayer de sus recuerdos que inaugura la sombra mítica de Hércules. Si tan sutil eres que, apoyado en el lazarillo, de una de sus miradas al pasado consigues adentrarte por sus galerías, verás recompensada y con creces tu destreza. Lo posible es, sin embargo, que la ruina o, lo que es peor, el silencio, delenguen tus pasos.

Pero Cuenca en los días de Pasión vuelve en sí. Hasta estas fechas que inaugura la luna llena de marzo, la luna del Parasceve, las cosas de Cuenca viven como alejadas unas de otras, cada cual en un mundo extraño, propio. Tiembla el chopo junto al río, obedeciendo a razones que no están en el aire calmo ni en las aguas pandas que le copian, exaltándolo en el espacio imposible del reflejo. Las rocas, el mítico friso que sustenta a la ciudad, se conjuntan indife-

rentes a lo que no sea propia y distinta norma: el torso y el monstruo, el ángel y el puro volumen... De los ríos, el uno se apresura inquieto, cantaría, en tanto el otro se romansa asombrado. Las callejas van, vuelven, se entrecruzan, se acercan a las murallas, se derraman en las barranqueras, mienten la ruta o disimulan el pasadizo. Las casas, en una mayor unanimidad, avanzan tanteando el espacio, indecisas ante su levedad. Toda la ciudad es un sordo afán, un dinámico conjunto de voluntades que ha perdido la razón común que ayer las trabara. Y ni aun cuando llega la noche recobran la calma. La masa gigante del caserío, con sus lucecitas asimétricas, vacilantes, tiene ese dinámico recorrer del fuego en respuntes dorados los papetes que ya ha consumido la llama, y en los que de pequeños veíamos—"todas las monjas se van a acostar—la madre abadesa se queda a cerrar"—los últimos minutos de jornada en el convento...



COMO el árbol que talado rehoja, Cuenca ha rehecho su Semana Santa varias veces desde aquel día del siglo XVI, en que los Gremios se echaron a la calle obedeciendo a un ansia irreprimible que les llevaba tras un dramático Crucificado por las callejas tortuosas—suficientes con tal que permitiesen el paso de un hombre de armas a caballo—de una ciudad que parece hecha para un eterno desfile procesional. Cada oficio descubrió su secreta vinculación con un momento de la Pasión del Señor, un copatronazgo al que confiaban sus momentos difíciles, y cuya festividad máxima la constituía aquel dramático acompañamiento los días de Pasión, entre el jadeo de los penitentes y el redoble de destemplado tambor por la difícil topografía urbana de Cuenca en la época. Y desfilaban los tejedores y pelaires con su Cristo de los Espejos, que al sol destellaba como crucificado en una ascua viva; carpinteros y entalladores, con su San Juan, en una mano ja rizada pa'na del Domingo de Ramos, extendida la otra señalando a María el camino del Calvario; los hortelanos de las dibeas del Júcar o el Huécar, herederos de la maestría morisca en el cultivo de la tierra y aun de su orgullosa petulancia, lo hacían con la Oración del Huerto, siempre adornado con ostentosos detalles que proclamaban el bienestar y la generosidad de los cofrades; los alarifes se consagraron al Jesús amarrado a la columna, una flagelación cincelada rudamente, de trágica y escalofriante talla; los boneteros, cor-

doneros y sastres, con el Cristo de la Agonía, donado por don Juan Cerdán de Landa, bella talla en marfil, única superviviente de la furia sacrilega...

Las tropas napoleónicas destrozaron, con la famosa custodia que labraron los Becerriles, casi todas las imágenes de la antigua Semana Santa conquense. Y fué por entonces, a principios del siglo XIX, cuando se escuchó por vez primera el famoso "Miserere" atribuido al compositor conquense Prados, en realidad fragmento de una lamentación influenciada por su patético estilo. Pero aquel lamento, aquella queja profunda, era la voz de Cuenca misma, desgarrada sin piedad, olvidada, que, en su desamparo, más que pedir a Dios clemencia, desahoga su dolor. Voz no sólo de los hombres, sino de las cosas, de las torres abatidas, de las casonas olvidadas, de las iglesias—ya entonces—en ruinas... Y siguió siendo la expresión fiel del dolor de Cuenca, la ciudad bella y generosa olvidada de todos.

La revolución roja se ensañó con la Semana Santa conquense, muy enriquecida a finales del siglo XIX con diversas aportaciones de toda índole. Sólo se libró, Dios sabe cómo, el Cristo de la Agonía. Pero han bastado unos años para rehacer lo deshecho, mejorando la calidad de las imágenes y la vistosidad de los desfiles, y, sin perder su atigua originalidad. Hoy, Cuenca puede gloriarse de poseer una Semana Santa fiel al carácter de la ciudad, y digna por esta razón sólo de la atención del viajero.



EN la noche del Miércoles Santo todas las cosas unifican su sentido. Acaso el silencio logre el milagro, silencio que paradójicamente, no turba el gemido largo, repetido, siempre igual y distinto del "Miserere" conquense. Porque hay también en estos días un lamento en el que todos reconocemos nuestra propia voz, la que hemos de reprimir tantas veces apretando los dientes. Y acaso la reconociesen también la torre tallada, la casona abandonada, el vacío irremplazable en la calleja, los nombres y nombres que flotan, ya palabras sólo... Las luces se resumen en la doble hieira de las filias de penitentes y el cauce de las callejas, perdido hasta horas antes, cobra sentido al recoger este río de fervor. La fe hizo el milagro de urdir los afanes dispersos en uno solo, en un gran terciopepo que arrebujó a la ciudad y en los que los desfiles procesionales recaman como en los mantos verdaderos sus bordados en oro.

Sólo un zumbido en esta gran comena de fervor; sólo una nota, una nota vibrante, luminosa de puro clara, en la dorada campana de la devoción conquense... ¿En qué año, de qué época, el momento que estamos viviendo? ¿Acaso la milenaria ciudad represó el tiempo, y arando los horas? ¿Preside, recién venido de Ita-

lia, el virrey don Diego Hurtado de Mendoza, muy celoso de su cargo de Guarda Mayor de la ciudad? Y aquellas armas episcopales que reciben al cortejo a su llegada a la plaza Mayor, ¿son las de don Alonso de Burgos, don Diego Ramírez de Fuenleal, don Pedro Portocarrero, don Enrique Pimentel, don Alonso Antonio San Martín, don Isidro de Carvajal y Lancaster o don José Flórez Osorio?...

Aunque lleguen los oros del Jueves Santo, más brillantes que el sol mismo, o desgarran las sedas del amanecer los clarines del viernes; aunque al mediodía la proximidad de la hora terrible haga más dramático el sollozo del Miserere y las sombras se adensen a la tarde sobre el Cristo yacente, el milagro persiste. Cuenca vive unas horas eternas de su antigua plenitud, tres días en la medida humana, vulgar, del tiempo. Y en esos momentos eternos "Cuenca es", vuelta en sí misma, recobrada la unidad de afanes, rota siglos atrás. Y el temblor del chopo y el tañido de la campana, el ansa de la torre y el suspiro hondo de la plaza, la veladora luz y la densa umbría, fundidos en una cifra única, proclaman la solidaridad noble que hizo de esta ciudad vivero de anhelos universales.



Cualquier época del año es buena para visitar Cuenca. Pero aquel que pretenda llegar a sus adentros, iniciándose en su secreto, debe hacerlo en los días de Pasión. Y creará haber vivido un sueño y buscará con la complicidad de la noche el recuerdo de ese tiempo represado, de esos encapuchados, de ese largo lamento, de ese trasmundo que en Cuenca se hace tangible durante tres días. Y volverá todos los años para sentir cerca el temblor inquietante del misterio.



DE MORILES y MONTILLA LOS MEJORES VINOS

En Córdoba

Hotel Regina Gran confort	HOTEL Cuatro Naciones	Hotel Simón Gran Capitán
GRAN BAR SELECTO RESTAURANTE P. J. Antonio	HOTEL Meridional (FAMILIAR)	
RESTAURANTE Bruño GONDOMAR	Hijos de Miguel Gómez RESTAURANTE Casa fundada en 1860.	
Bar Madrid CAFE - BAR - RESTAURANTE	BARES "Plata" y "Negresco" Victoriano Rivera	
RESTAURANTE La Hosteria Sevilla, 2	Casa Salinas TABERNA Los mejores vinos	BAR Córdoba V. Rivera
BAR - RESTAURANTE IMPERIO Servicio de tapas selecto	Dunia SALON DE TE	
BOSTON-BAR Lo mas elegante P. de José Antonio		
Miami CERVEZA Marqués de Boil		




La recatada Semana Santa de CORDOBA

CORDOBA, la serenísima, está emplazada en una bella terraza, al pie de la Sierra de su nombre, y bañada por el Guadalquivir. Su clima es benigno; su cielo, siempre azul, y las montañas que la miran son mensajeras del perfume de su flora y del soplo acariciante de su Serranía.

Todo parece haberse concitado en Córdoba para hacer de ella una capital que vive íntimamente el júbilo de sus Montillas y la sedante paz del verde olivo.

De la época de la cristianización de Córdoba queda el nombre del gran obispo Osio y de sus primeros mártires, patronos de la ciudad, San Acisclo y Santa Victoria.

Los musulmanes hicieron de ella una joya refulgente. Y bastará nombrar, para recordarlo, a los Abderramanes, fundadores del Califato cordobés.

San Fernando reconquista en 1236 esta ciudad, y los Reyes Católicos hicieron de Córdoba su cuartel general para la reconquista de Granada.

La tranquilidad y el silencio de Córdoba hacen de ella una ciudad impar para la Semana Santa, que entre sus típicas y estrechas vías parece que conserva la serena majestad filosófica del senequismo español.

Esta recatada serenidad de Córdoba ha sido descrita maravillosamente por Cervantes, Lope de Vega, duque de Rivas, Juan Valera, Ortega y Gasset y Pío Baroja, por no citar más que literatos españoles. Y ha inspirado sus más bellas páginas musicales a grandes compositores, entre los que vamos a señalar al maestro Albéniz.

LAS IMAGENES SE CORONAN CON LOS ARCS MORISCOS

Los procesiones de la Semana Santa cordobesa encierran todo el dramatismo de la Pasión del Señor, y junto a los arcos moriscos las santas figuras de nuestros imagineros parecen coronarse con sus caprichosos adornos orientales.

De entre las Cofradías cordobesas sobresale la Real Hermandad del Señor de la Caridad, por ser una de las más antiguas, con marcado carácter, que hace que su desfile en la noche del Jueves Santo continúe el ánimo de los fieles. Se llama de la Caridad porque es tradicional el reparto de las cuotas de sus cofrades entre la humanidad desvalida. A ella han pertenecido monarcas y príncipes, nobles y grandes de España, sabios misioneros y grandes capitanes.

También nombraremos a la Cofradía del Santísimo Cristo de la Misericordia, establecido en el templo de San Pedro, antigua Catedral, que renunció humildemente al título de "Muy Justo" para acogerse al más modesto de "Piadoso". Esta Hermandad dirige la procesión del Silencio en la noche del Miércoles Santo. Largas filas de nazarenos, con túnica blanca y portando lujosos atributos, dan escucha al paso del Santísimo Cristo, talla dorada y policromada de estilo barroco, que está considerada como una de las más bellas imágenes de la Semana Santa cordobesa.

La Cofradía de Nuestro Padre Jesús Caído y Nuestra Señora del Mayor Dolor sale del convento de San Cayetano, de los Carmelitas Descalzos.

Y la del Cristo de Gracia desfila más tarde y recorre las calles que rodean el convento de los Trinitarios.

Abriendo marcha una banda de cornetas y tambores sale en la tarde del Jueves Santo la procesión de Nuestra Señora de las Angustias, obra de Ména, una de las creaciones imagineras más estimadas en la ciudad cordobesa. De esta Cofradía es Hermano Mayor el Caudillo. A ella asisten todas las autoridades civiles y militares. Y suelen darle escolta la Guardia Civil y una compañía de infantes.

Ya en la madrugada, una de las procesiones más famosas es la que organiza la Hermandad del Cristo de la Buena Muerte, en la que figuran muchos jóvenes estudiantes.

TRONO PALPITANTE DE CERA Y FULGOR

Todas las procesiones de Córdoba parecen que gran en torno a la magnífica Mezquita Catedral. Las temblorosas llamas de los cirios en las manos de los nazarenos encienden de luminoso catolicismo la geometría árabe de la capital. La campiña, esas tierras llanas del Sur, parece que nos envían el revuelo rural de las abejas, que buscan las esencias más concentradas de los valles y de las montañas, para que no falte en la Semana Santa cordobesa ese trono palpitante de cera y fulgor que se le ofrenda al corazón traspasado de la Virgen y a la Pasión de Jesucristo como bálsamo de su martirio.

En Córdoba, la Naturaleza parece irrumpir en la ciudad para que esta sagrada conmemoración de la muerte del Redentor tenga la sinceridad de una flor de Sierra Morena y un dulce susurro cantado por el Guadalquivir.

Y cuando ya en la alta noche del Viernes Santo Córdoba intensifica su silencio—imagen retórica que sólo puede comprobarse en este hermoso rincón tan amado por los Califas—para dar callado paso a la aurora del Sábado glorioso, para dar entrada sigilosa a la alegría de la Resurrección, cualquiera diría que se suman las campanas legendarias de la Catedral de Compostela, arrebatadas a la ciudad del Apóstol por el cruel Almanzor, para repicar, unidas a las cien esquillas de los conventos, por el universal júbilo de Jesús Resucitado.



Córdoba es una de las ciudades que mejor han conservado su sello de antigüedad y su tipismo

UNIVERSALMENTE famosa por su incomparable mezquita, Córdoba se halla situada a 120 metros de altura sobre el nivel del mar. Ocupa principalmente la orilla derecha del Guadalquivir, sobre una llanada, bordeada al Norte por la Sierra de su nombre, en las estribaciones de Sierra Morena.

La ciudad ofrece una pintoresca red de calles estrechas y de orientaciones que parecen caprichosas. En esta disposición de sus viviendas todavía puede apreciarse la influencia de las casas árabes, con sus rejas forjadas y sus patios llenos de sol y de flores.

Córdoba fué teatro de

combates romanos. Reedificada por Augusto, cayó más tarde en poder de los árabes, que la prefirieron a Sevilla.

Independizada del Califato de Damasco, bajo el dominio de los Abderramanes conoció épocas de gran esplendor. Después de la batalla de las Navas, Córdoba fué ganada por los españoles, entrando en ella con la máxima pompa el Rey San Fernando.

Entre sus famosos monumentos figuran la mezquita-catedral, la sinagoga, el puente romano, la iglesia de San Pablo, San Jacinto, la ermita de San Bartolomé.

Entre sus producciones destaca su feraz campiña,

siendo sus cultivos principales el olivo y las viñas. También es muy importante su riqueza minera: carbón, plomo, cobre. Asimismo debe destacarse su producción ganadera.

Su población sobrepasa los 140.000 habitantes.

Son famosas sus ferias de mayo, de Nuestra Señora de la Salud y las de otoño.

Puede brindar al viajero buenas comunicaciones ferroviarias y por carretera, cómodos hoteles y campos deportivos.

Córdoba es una de las ciudades que mejor han conservado su sello de antigüedad y su tipismo.

El campo y el mar rinden oración en la

Semana Santa de CARTAGENA

La caridad está considerada como la reina de las virtudes, y Reina y Patrona de Cartagena es la Virgen de la Caridad, a la que distinguen los cartageneros con una extraordinaria devoción, que adquiere su mayor exponente durante la Semana Santa, cuando el pueblo vive más cerca de ella, porque está la Santa Virgen con su Hijo muerto en brazos, como si reposase en ella todo el doloroso Misterio de la Pasión y Muerte del Señor.

Los que juzgasen en una primera y rápida mirada a Cartagena como una ciudad expansiva como su mar y alegre como su cielo, sin alma y sin pensamiento, estarían en verdad totalmente equivocados. Cartagena celebra su espléndida Semana Santa con mayor unción si cabe que cualquiera otra ciudad meridional y levantina, y además estas singulares fiestas religiosas tienen el sabor de la sal de su puerto magnífico y la hondura religiosa de la cruz que surcó mares contra el infiel y buscó remotas orillas para redimir hombres y alcanzarles vida eterna.

Para conocer el catolicismo de Cartagena no hay más que recorrer la ribera de la bahía y leer en la proa de las barcas las distintas advocaciones de la Virgen. Y también escuchar cómo las sirenas de los marineros saben sumar su canto a las campanas de la Resurrección. Y la actividad desplegada por los cartageneros cuando se acercan estas solemnidades religiosas pudiera compararse a la animación que reviste la botadura de un buque que va a surcar por primera vez las aguas mediterráneas. Ellos, varios meses antes, piensan en cómo «lanzar» con el mayor boato y solemnidad su Semana Mayor, como si también fuese a deslizarse arrogante y señera sobre un mar de jaculatorias y plegarias.



TRES son las principales Cofradías organizadoras de la Semana Santa en Cartagena. Se llama la primera Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno en los Pasos de la Calle de la Amargura y Santo Entierro. Fue fundada en la segunda mitad del siglo XVI por gentes de mar que habitaban el barrio extramuros de Santa Lucía y los que vivían dentro de la ciudad, en la Puerta de la Villa y Barrio de los Pescadores.

Reinando Carlos I se constituyó el Gremio y Hermandad de la Pesquera, el más importante de la ciudad, por la enorme cantidad de peces que capturaban en el Moral. En los aranceles de precios del citado gremio se cuentan hasta 224 clases de pescado, incluyendo el delfín. Era vieja costumbre por aquella época que al constituirse un gremio se pusiera bajo el patrocinio de un santo, y los agraciados adoptaron como tal a Nuestro Padre Jesús Nazareno con la cruz a cuestas, cuya imagen comenzó a ser designada por el pueblo como el «Cristo de los Pescadores».

Esta Hermandad se adhirió a la Cofradía de Nuestra Señora del Rosario, erigida en la ermita de Santa Lucía. Posteriormente estableció la Cofradía de los Discipulantes y todas juntas organizaban las procesiones de disciplinantes, aunque los pescadores, el Viernes Santo, hacían solamente la suya, en la que llevaban la santa efigie del Nazareno alumbrada con cuatro faroles, en los que ardían gruesas velas. Los cofrades vestían entonces túnica morada, sujeta a

la cintura por una correa o cordón y capirote o corona con faldilla, que cubría el rostro; calzaban espartieñas y se alumbraban con velas de cuatro pabilos.

Los gastos de la Hermandad —tales como misas, sermones, entierros, sufragios, procesiones— se sufragaban con el producto del pescado que se reservaba para atender estas necesidades.

LA COFRADIA DE LOS MARRAJOS

El año 1677, con motivo de haber capturado el gremio un marrajo de grandes dimensiones, en momentos en que la Cofradía andaba escasa de medios económicos, lo ofrecieron en venta y produjo un cuantioso ingreso en las arcas de la Hermandad. Por ello el pueblo la bautizó con el nombre de la Cofradía de los Marrajos, título que se ostenta con verdadero orgullo.

El color de la Cofradía es morado, y el emblema, medalla que luce en su campo la Cruz latina, con las iniciales J. N. Además va orlada con una corona de espinas y encima la corona real.

La Marina de guerra ha prestado siempre su apoyo a esta Cofradía de los Pescadores hasta convertirse en la Cofradía de la gente de mar.

LA DE LOS CALIFORNOS

La segunda Cofradía es la de Nuestro Padre Jesús Nazareno en el paso del Prendimiento. Fue fundada el año 1747 por 15 cartageneros, con el fin de celebrar una procesión en el Miércoles Santo. Recogían limosnas por la población con autos teatrales y



decir, su insignia consiste en las dos áncoras, símbolo de la Esperanza, y una linterna, símbolo del Prendimiento. Remata todo ello la corona real.

LA DEL CRISTO RESUCITADO

Existe una tercera Cofradía, que lleva el nombre de Cristo Resucitado. Fue erigida canónicamente en providencia dada el 31 de diciembre de 1943 por el obispo de Cartagena. Es, por tanto, de reciente constitución.

El color de la Cofradía es blanco. Su emblema se caracteriza por una Cruz orlada de Pólenas y lleva una R enlazada que surge de entre una nube. La insignia está rodeada por una palma y una rama de olivo.

PROCESIONES DE LOS DIAS SANTOS

Las procesiones que recorren las calles de Cartagena comienzan sus itinerarios el Domingo de Ramos. La primera es la de «Entrada en Jerusalén». Fue creada esta procesión por el obispo de Cartagena en 1943. En ella figura un grupo escultórico, obra de dos artistas murcianos: Sánchez Araeíl y Domingo Martínez.

El Miércoles Santo también la procesión está, como la anterior, organizada por los Californos. Su recorrido comprende una amplia vuelta por las calles céntricas. Sale de la Iglesia de Santa María de Gracia, ya de noche, y regresa a las cuatro de la madrugada del Jueves. Va precedida por guiones con túnica y capuz de terciopelo rojo, y el Carro Bocina con cuatro clarines.

de Infantería de Marina con cornetas y tambores.

Otra de las más bellas procesiones cartageneras es la del Silencio, que sale el Jueves Santo y está organizada por la Cofradía Californos. En vez de luces eléctricas y suntuosas sólo va alumbrada por hachones y cirios. Discurre por las calles sin otra iluminación que la de los nazarenos. Su recorrido es más corto que el de la procesión del Miércoles Santo y cubre las calles más típicas de la ciudad. El Ecce-Homo va delante de la Virgen. Concurren a la procesión también mujeres cartageneras, que realzan su singular belleza con la mantilla española. El camino se anima constantemente con las saetas que entonan gargantas devotas:

Miralo, por allí viene el mejor de los nacidos, atado de pies y manos y el rostro descolorido...

Cierra la procesión del Silencio un piquete de Infantería y, después que entra en la Iglesia de Santa María, se cierran las puertas del templo y, únicamente con la asistencia de cofrades californos, se canta un solemne y emocionante miserere.

En la mañana del Viernes Santo corresponde la procesión a los Marrajos. Entre los grupos escultóricos que figuran en el cortejo están «Jesús Nazareno», titular de la Cofradía, imagen debida al notable escultor José Capuz; «La Verónica»; «San Juan Evangelista», también de Capuz, y «La Dolorosa», imagen del escultor Sánchez Lozano.

Durante la noche, los Marrajos organizan la procesión del «Santo Entierro». Guiones, Hermanos con túnica, capuz y capa morados, Carro Custodia, Tercio de Granaderos con armas a la funeral, Pasos de «La santa agonía», del escultor catalán Forxach; «Descendimiento»; «La Piedad»; «Sepulcro con el Cristo yacente», siendo las creaciones de estas imágenes de José Capuz.

Se recoge el cortejo sobre las dos de la madrugada y va presidido por el Ayuntamiento de Cartagena, autoridades civiles y militares.

Un piquete de Infantería de Marina le da escolta durante todo su trayecto.

ORACION DE LA CAMPO Y DE LA MAR

También salen otras procesiones, pero estas que hemos descrito son las más famosas. Por su riqueza, por su magnífico vestuario, por sus ornamentos, son de las mejores del sur de España. Cartagena es una ciudad celosa de sus tradiciones y de honda raíz católica. Todas las clases sociales, desde la más humilde a la más poderosa, contribuyen a que su Semana Santa nada tenga que envidiar a las de otras capitales.

Las ondas de la mar parecen leer encaje para las procesiones cartageneras y la campiña terrestre tampoco regatea sus flores para estos divinos cortejos. Marineros y comerciantes se hermanan en procurar el máximo realce a sus bellas imágenes. Y la brisa terrerá trae aromas para unirlos a la brisa marina y, juntas las dos, rendir la oración del campo y de la mar a sus Cristos y a sus Dolorosas.

GUIA TURISTICA DE CARTAGENA

Cartagena es ciudad que fué visitada de antiguo por colonizadores orientales, fenicios y griegos.

En los acontecimientos desarrollados sobre el Mediterráneo occidental, entre cartagineses y romanos, Murcia juega importante papel, debido a su situación estratégica frente a la Africa metropolitana.

Carthago-Nova fué centro de las campañas de Asdrúbal y Aníbal. El primero lo hizo amurallar el año 225 antes de Jesucristo. Fué Cartagena una de las más antiguas colonias romanas.

En la antigüedad la urbe cartaginesa, según sus historiadores, era un hervidero de talleres y arsenales y tuvo una fa-

mosa fábrica de flechas. Su producción se hizo famosa hasta en el Mediterráneo oriental.

La Reconquista alcanzó a Cartagena en 1242, siendo tomada por la fuerza de las armas.

Entre sus edificios, que merecen ser visitados, señalaremos: la Catedral vieja, San Diego, Santo Domingo, Santa María de Gracia, San Miguel, la Iglesia de la Caridad—la más querida de Cartagena—, la del Carmen, la del Corazón de María... De sus edificios civiles o militares hay que citar el llamado de Intendencia, antiguo cuartel de Guardias Marinas; el Palacio Municipal y su Archivo; el Gobierno Militar; el Hospital de Marina y cuartel de Infantería de Marina; Capitanía General...

Cartagena cuenta con un magnífico puerto militar, con un arsenal dotado del más moderno utillaje técnico, capaz para la construcción de toda clase de buques de guerra. Y es uno de los departamentos marítimos en que se divide España. El arsenal es una de las obligadas y más interesantes vistas para el forastero.

Además, Cartagena tiene espléndidos paseos y jardines con monumentos dedicados a recordar nombres ilustres cartageneros y españoles.

Destaca también esta incomparable ciudad por su intensa vida artística e intelectual.

Auténtica y espléndida religiosidad de MÁLAGA



CUANTAS Cofradías hay en Málaga? Fuera empresa fácil ir parroquia por parroquia para averiguarlo o preguntar en la Agrupación que las reúne a todas, pero juzgamos nuestro trabajo más interesante si lo despojamos de esa inquietud estadística que no añadiría un adarme de peso a la auténtica y espléndida religiosidad de Málaga, encarnada en sus Hermandades y Cofradías. Son tantas y tantas...

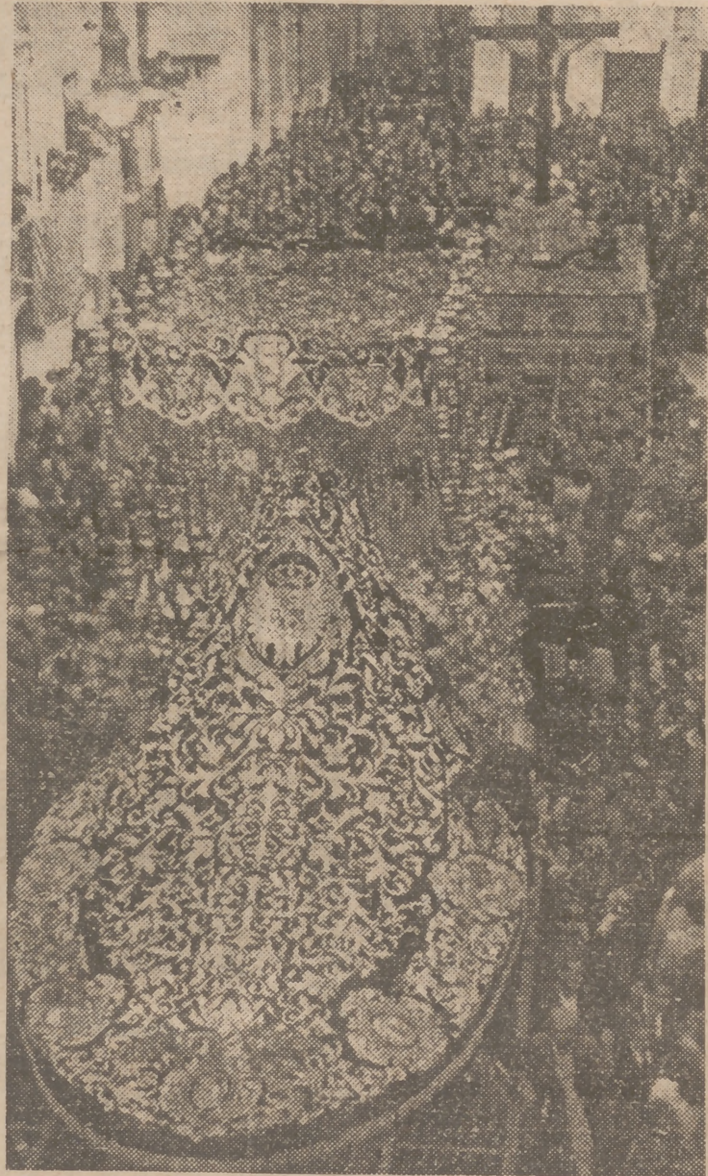
Domingo de Ramos.—Está en la calle la Real Cofradía de Nuestro Padre Jesús a su Entrada en Jerusalén y María Santísima del Amparo. Fueron dos monjas del Cister, Andrea y Claudia Mena, hijas del gran escultor del mismo apellido, quienes a fines del siglo XVII tallaron en madera la venerada imagen del Señor a su entrada en Jerusalén, ingenuo y dulce grupo de Jesús y el borriquillo, con los discípulos a su vera. El grupo fue víctima de la furia roja, pero la obra continúa. Y cada Domingo de Ramos se pone en marcha el cortejo procesional, mientras centenares de chavacillas revolotean jubilosos en torno a Jesús y a la Dulce Señora, que también les acompaña: María Santísima del Amparo.

El mismo día asistimos al desfile de los "pasos" de la Real Hermandad de la Cena Sacramental de Nuestro Señor Jesucristo y María Santísima de la Paz. El primer "paso" representa al Redentor en su última cena rodeado de los apóstoles. Los cofrades visten túnicas de lana blanca, capirotos de raso, asimismo blanco, y capas de seda roja con cingulos de oro. En el segundo "paso" va la Virgen bajo palio azul y manto de igual color. Los cargos de la procesión visten túnicas y capirotos blancos y capas azules. Todos los momentos del desfile revisten singular emoción, pero acaso sea insuperable la de la madrugada del Lunes Santo, cuando los "pasos" regresan al templo por las viejas calles malagueñas de Huerto del Conde, Coberzizo del Conde y Lagunillas, seguidos por una multitud incansable, que les vitorea sin cesar y aun arrebatada los varales a los que están extenuados después de llevarlos durante tantas horas.

Pues ¿y la Ilustre y Venerable Cofradía de Nuestro Padre Jesús en la Oración del Huerto y Nuestra Señora de la Concepción? Es de las más antiguas e ilustres de la ciudad. Tiene dos siglos de vida y se acoge principalmente al favor del Gremio de Olivareros y Acelleros. En el primer "paso" aparece el Redentor orando al pie de un olivo, y en el segundo va Nuestra Señora de la Concepción bajo rico palio y tocada de soberbio manto azul. Alrededor, túnicas blancas y capas y capirotos morados. Capirotos y capas azules y túnicas blancas. Jesús camina por las calles de Málaga. Tras él, María presintiendo el suplicio y el sacrificio. Los fieles lloran y rezan. Y las llamas de los cirios que se reflejan en los ojos inmensos de las mujeres. Y las saetas...

Ha pasado un día. Estamos en **Lunes Santo**. Noche. De la iglesia de la marinera Virgen del Carmen, en cuya airosa veleta posáronse generaciones de blancas gaviotas, sale, en las últimas horas del Lunes Santo, la Cofradía del Santísimo Cristo Coronado de Espinas y Nuestra Señora de la Gracia y Esperanza, más conocida por la Cofradía de los Estudiantes. El Cristo lo llevan a hombros los propios hermanos. Es la única Cofradía que en su desfile hace un alto en la plaza del Obispo y recibe la bendición de Su Excelencia Reverendísima desde el balcón principal del palacio. La bellísima escultura del Cristo es obra del imaginero Moreira; la de la Virgen corresponde a la escuela malagueña y data de fines del XVII. La sección del Señor viste túnicas rojo burdeos; la de la Virgen, verdes, ambas con capirotos blancos y anchos cingulos de esparto. Bachilleres, revalidados, terceros y cuartos años, caras barbilampifias, bajo los arosos capirotos, algo único en los santuosos desfiles procesionales malagueños. De esta Cofradía es Hermano Mayor honorario don Pedro Rocamora y Valls, director general de Propaganda.

También el Lunes Santo desfila la Cofradía del Santísimo Cristo de la Agonía y María Santísima de las Penas, la Virgen



que una noche salió a las calles de Málaga con un manto de 20.000 clavetes blancos... El "paso" del Señor es una escultura de nueva talla. La Virgen data del XVII. La Señora estrenó manto el año pasado, de terciopelo verde, bordado en oro. Siluetas luminosas contra el negro del cielo malagueño. Abajo dan guardia túnicas y capirotos de seda grana y capas negras de damasco con la cruz de Santiago bordada en oro fino.

El mismo Lunes vemos la Ilustre y Venerable Cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Pasión y María Santísima del Amor Doloroso, que también organiza y practica el vía crucis de Viernes Santo. Y la Muy Ilustre y Venerable Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús Cautivo, María Santísima de la Trinidad y del Glorioso Apóstol Santiago, fundada en 1934 y que por gracia especial del Jefe del Estado luce como emblema el escudo de la Casa del Generalísimo. El "paso" del Señor lo transportan ex cautivos madrileños. Sus cargos visten túnicas y capas blancas. Los de la Virgen llevan túnicas malva y capas blancas.

El **Martes Santo** desfila la Venerable Cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Humillación y María Santísima de la Estrella, con sus dos "pasos": Jesús saliendo del Palacio de Herodes y la Virgen bajo palio de terciopelo azul, bordado de estrellas. Bastoneros y campanilleros del Señor lucen túnicas blancas y capas blancas. Los de la Virgen, iguales vestidos, con capas azules.

El mismo día salen las Reales Cofradías fusionadas de Nuestro Padre Jesús de Azules y Columna, Nuestro Padre Jesús de la Exaltación, Santísimo Cristo de Animas de Ciegos y Nuestra Señora del Mayor Dolor de la Santa Vera-Cruz. Sus documentos se perdieron cuando la fundación de 1907. Datan todas de principios del siglo XVIII, con la excepción de la de los Ciegos, fundada en el siglo XV. En la noche del Martes Santo el agudo clamor de

la Sangre y María Santísima de la Consolación y Lágrimas, antiquísima, como que data de 1518, y goza del privilegio de que su gión presida las demás procesiones locales. Entre túnicas y capirotos blancos y carmesíes avanzan los "pasos" de Cristo con su Divina Madre y la Santísima Virgen amparada por su manto de terciopelo malva, y la Real e Ilustre Cofradía Sacramental del Santísimo Cristo de la Expiración y María Santísima de los Dolores, que perdió la imagen del Salvador en los sucesos de 1936, aunque logró salvar la de Nuestra Señora. La presentación de los "pasos" reviste excepcional riqueza. La Virgen ostenta hermosísimo manto de terciopelo negro bordado en seda, oro y plata, bajo un palio de gran riqueza, y la sostiene suntuoso trono cincelado en plata. Desde la plaza de San Pedro cae sobre Ella una cascada de rosas y claveles, en tanto las primeras luces del día asoman a Levante...

El **Jueves Santo** vemos la Pontificia y Real Congregación del Santísimo Cristo de la Buena Muerte y Animas y Nuestra Señora de la Soledad, que tenía una preciosa joya: un Santo Cristo de Mena... Por esa talla se entutó el arte español con dueño inextinguible. Un nuevo y bello Cristo de la Buena Muerte vino a sustituir al destrozado por las hordas, y hoy recorre las calles malagueñas en trono de doradas tablas barrocas y entre cuatro blandones de púrpura. Tras El la Virgen de la Soledad con la escuela de la Legión bajo los claros zafiros del cielo malagueño. La Venerable Cofradía del Santísimo Cristo Mutilado recuerda el sacrificio cometido con su venerada imagen. Le cortaron las piernas a hachazos, y por esta razón los caballeros mutilados por Dios y por España colocan hoy sobre sus uniformes mutilados las capas blancas de la Cofradía. La Real, Venerable e Ilustre Hermandad de Nuestro Padre Jesús de la Misericordia y Nuestra Señora del Gran Poder perdió también su Cristo en los sucesos de 1931. La nueva imagen no desmerece de la anterior y luce una soberbia túnica de terciopelo burdeos bordada en plata de ley, como de plata son los adornos del manto de la Virgen y el palio. La Hermandad del Santísimo Cristo de los Milagros y María Santísima de la Amargura sale de la ermita de Zamarrilla, así llamada por el nombre de un bandido que buscó refugio en ella, y precisamente bajo el manto de la Virgen, en cuyo corazón halló la gracia. Finalmente detenemos nuestra revista del Jueves Santo malagueño ante la Real Archicofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno del Paso y María Santísima de la Esperanza, de la que hablamos en otro lugar del presente número.

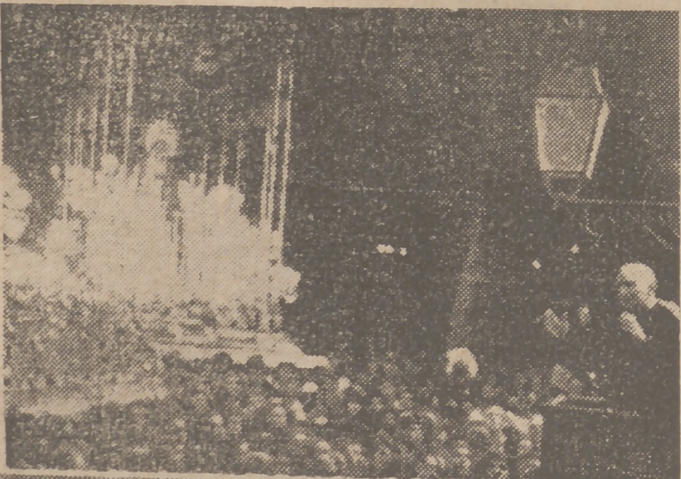
Queda el **Viernes Santo**. La vista se detiene fatigada de admirar tantas maravillas, que hacen de la Semana Santa malagueña un espectáculo incomparable de luz, de color, de arte, de religiosidad y de escenas impalpables, cuyo secreto guarda el aire fino y oloroso de la gran ciudad. Hemos de sacudir nuestro cansancio para admirar el desfile de la Real Cofradía del Santísimo Cristo del Amor y Nuestra Señora de la Caridad, que salvó de la furia roja la imagen del Divino Redentor y de su Santísima Madre, "paso" quizá el más bello y conmovedor de cuantos desfilan en esta Semana Santa. El Cristo del Amor, la cabeza abatida por el suplicio, una expresión patética en el rostro semiluminado por las luces temblorosas de los arbotantes, y la Madre sabranamente hermosa, y por algo se lo dicen en esa saeta que pregunta a la Virgen "quién la ha puesto tan bonita—que reluce más que el sol"... Y la Real Hermandad de Nuestra Señora de la Soledad y la de Nuestro Padre Jesús del Santo Sepulcro y Nuestra Señora de la Soledad... La retina se fatiga de tantas maravillas hasta insensibilizarse por la reiterada contemplación de la belleza, y el corazón se contrasta y angustia, y el alma se vuelve a Dios, arrebatada por esta inspiración única de la Semana Santa malagueña, que a El nos lleva por los misteriosos caminos de la belleza...

Pasan las Cofradías

Por Joaquín DIAZ SERRANO

Málaga en Semana Santa subyuga, ilusiona, encanta, llena el alma de emoción; Málaga, uana y contrita, ardientemente palpita lo mismo que un corazón. La luna cubre de plata la escena, mística y grata; las Hermandades de Luz van, lentas, graves, pasando, van, con fervor, meditando en el Drama de la Cruz. Bellos Cristos, Dolorosas primorosas muestran su acerbo dolor por entre la muchedumbre que se consume en la lumbre de su piedad y su amor. A lo lejos, los reflejos de los cirios, el sonar de músicas sollozantes junto a clarines vibrantes, y un fresco olor a azahar.

Ricas vestes recamadas, cual notas policromadas, el hondo y puro gemir del canto de la "Saeta", con la que el pueblo completa su manera de sentir. Oros, galas, pederías, Cofradías en constante emulación; gozos, vitores, clamores, y, sobre alfombra de flores, Hijo y Madre, en procesión. Las estrellas relucen más, son más bellas de lo que ellas suelen ser; y en el palio azul radiante llega la noche fragante más lámparas a encender. Lámparas con que se esmaltan los cielos y que resaltan por el brillo de su luz, durante el ciclo doliente en que Málaga, creyente, sigue a Cristo con su Cruz.



MÁLAGA ES UN PARAISO

Málaga, uno de los más antiguos y famosos puertos del Mediterráneo, anda por los 300.000 habitantes. Reclinada entre un mar con todos los azules de los pintores de la escuela andaluza y una vega con todos los dones de Dios (batatas, chirríos, algodón, caña de azúcar), Málaga es un circunstancial paraíso que así en invierno como en verano, y aun acaso mejor en primavera, brinda serenidad y reposo al turista. Sus parques con palmeras

y platabandas de olorosas flores; sus calles típicas; las ruinas de su Alcazaba, con los calés vecinos; su Catedral y sus reliquias artísticas; el espectáculo único de su mar y su cielo; por doquier hay en Málaga motivos bastantes para retener el cuerpo y el alma del turismo con pereza de dejar esa ciudad incomparable. El sabor de tantas cosas en el polvo de oro de la luz malagueña, es una experiencia que el viajero no olvidará jamás.

La Real Archicofradía del Dulce Nombre de Jesús del Paso y María Santísima de la Esperanza, desfila en la Semana Santa Malagueña desde hace más de tres siglos

—¡Ya viene! ¡Ya viene Nuestro Padre Jesús Nazareno!
En el aire tibio y perfumado de Málaga estallan los gritos de entusiasmo cuando la espléndida talla de Benlliure se desliza sobre su trono de oro.

—¡Ahí está! ¡Nuestro Padre Jesús!
Tiemblan las rojas lenguas de los cirios como trasunto de la profunda fe y de la creencia nunca oscurecida de los malagueños. Es "su" Cofradía; cuando no "suya", al menos una de las más opulentas y prestigiosas de la gran ciudad andaluza. ¡Ahí es nada decir "Real Archicofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno del Paso y María Santísima de la Esperanza"! ¡Soberbia Cofradía peregrina que arrastra tras sí el susurro trémulo de sus devotos y el apasionado corazón de todo el pueblo malagueño! Por señalada con el fervor popular fue elegida para mostrar con sus sacrificios el cenit de las persecuciones y las maldades en los pocos momentos en que tuvo alguna expansión el satánico libertinaje de los sin Dios. Los iconoclastas que un día rozaron su analfabetismo con los volúmenes económicos de la **Biblioteca Sempere** creyeron liberarse de su complejo de inferioridad asallando iglesias y quemando imágenes, mutilando Virgenes y hasta fusilando Cristos. Si como seres humanos son capaces de remordimiento, ahora se sentirán más humillados que nunca al comprobar la estéril inutilidad de su sacrilegio; más aún, al acreditar un nuevo florecimiento de la fe española sobre los leños carbonizados o los mantos agujerados a balazos. Por singular privilegio desconocido de los lectores de folletos anarquistas a cuatro reales, el sentimiento religioso es invulnerable a las persecuciones y se constituye en los espíritus con más firmeza cuanto más violentamente se trata de destruirlo.

Como en otras ciudades españolas, en Málaga la saña de la horda alineó sus baterías contra el culto, sus imágenes y sus ministros. A la elección de los verdugos no podía faltar la "Real Archicofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno del Paso y María Santísima de la Esperanza".

Más de tres siglos de historia local guardan los archivos de esta colectividad, fundada en 1606, cuando los dominicos se establecieron en Málaga y llevaron a su iglesia la imagen de Jesús Nazareno. En 1609 la venerada talla salió por primera vez en procesión. Ya entonces le llamaban "El Paso", y creemos que el lector gustará de conocer la razón en que se apoya este apelativo. La Hermandad gozaba el privilegio de que en el curso de la procesión, y una vez llegada a la plaza de las Cuatro Calles (hoy de José Antonio Primo de Rivera), se efectuase la emocionante ceremonia de dar el Señor su bendición al pueblo, levantando el brazo derecho, que era articulado. He aquí una nota excepcional en la Semana Santa Española y que en su patética y sencilla grandeza sobrecoge el ánimo del espectador aunque haya en él la voluntad de sobreponerse a la preocupación religiosa.

Durante la francesada, las huestes napoleónicas saquearon los archivos de la Hermandad, perdiéndose con ello documentación de inestimable valor para su historia y la de la misma ciudad de Málaga. Decayó el culto posteriormente, sin que volviese a recuperar su antiguo esplendor hasta 1908, en que se reorganizó la Cofradía. Desde entonces salta con la imagen de Jesús Nazareno la popularísima de la Esperanza. De esa fecha data el excepcional auge de la Cofradía, junto con la admiración despertada por sus desfiles en propios y extraños. El testimonio de innumerables visitantes extranjeros, muchos de ellos ajenos a la confesión católica, no contradice la imponderable emoción que se adueña del espectador al paso del Nazareno y de la Reina de los Percheles.

Entre 1921 y 1925 la poderosa Cofradía adquirió ricas insignias y dos soberbios tronos tallados y dorados. El famoso manto de terciopelo verde estrenado por la Virgen en 1926 era sencillamente el mejor de España.

Vinieron después malos días. En mayo de 1931 los fusos que creían romper la Fe destruyeron sus imágenes, asaltaron la iglesia y destruyeron todas sus esculturas. Entre los escombros aparecieron la cabeza y los brazos de la Virgen y los brazos y las manos de Jesús Nazareno. Tres meses después, la piedad de los cofrades reconstruyó la imagen de la Santísima Virgen y la trasladaba a la Catedral, donde desde entonces recibió culto. En 1936 volvió a desaparecer la imagen juntamente con la Cruz del Nazareno, que se guardaba en una casa particular. Esta vez los valerosos asesinos de imágenes se complacieron en mutilar sacrilegamente la cabeza de la Virgen. Así fue rescatada después de la liberación de Málaga por las tropas nacionales. Adrián Riuso la reconstruyó y modeló a la par las manos de la venerada imagen.

Reconstruida la capilla en la parroquia de Santo Domingo, a su casa volvió la Virgen y de ella salió en 1940 con la nueva y admirable escultura de Jesús Nazareno, debida a la gubia del ilustre Benlliure, una y otro sobre tronos profusamente adornados de flores...

El entusiasmo de los cofrades mejora día a día los "pasos", así como los tronos, la vestimenta de las imágenes y los detalles



accesorios. Precisamente ahora se construye en Bilbao, con la chatarra de un avión Junker regalado por el Ministerio del Aire, la mesa y los varales del trono que se pensaba inaugurar este año.

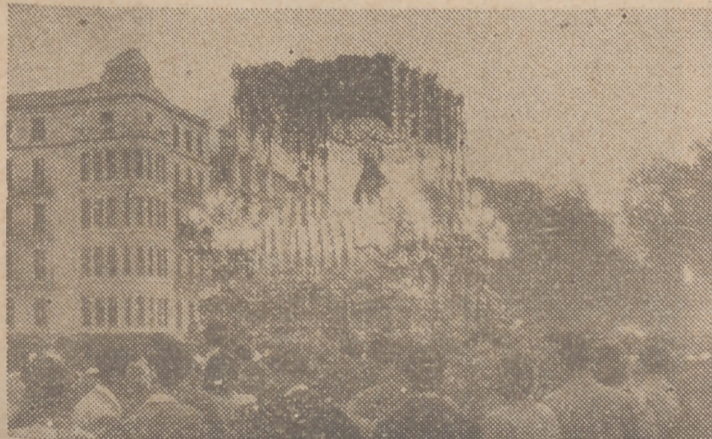
Al trono de María Santísima de la Esperanza le faltaban algunas figuras de Apóstoles, que por ventura ya están dispuestas y policromadas. Para el de Jesús Nazareno se prepara la Cruz, copia exacta de la quemada por los rojos en 1931. Córdoba labra 20 ciriales grandes en plata de ley, que serán llevados a la cabeza de la procesión por otros tantos hermanos con dalmáticas brochadas y adornadas de oro. Los 120 nazarenos de la procesión, hermanos de la propia Cofradía, empujarán ciriales de plata cincelada y repujada. También se trabaja en la construcción de cuatro faroles y seis mazas en plata de ley... Todo ello muestra el fervor religioso, el entusiasmo por estas imágenes y el generoso desprendimiento de que hace gala la Real Archicofradía. No ha de verse el menor síntoma de vanidad humana en la lujosa ostentación de las piezas procesionales, sino la blanca y pura piedad de quienes se acercan humildemente a Dios, ofreciéndole en tallas, bordados, telas y orfebrería esa chispa divina que el arte pone en el entendimiento y en el corazón del hombre...

Por ser esto tan cierto y por recoger de tan privilegiada manera la sensibilidad religiosa de un pueblo de artistas como es Málaga, el paso de la Reina de los Percheles en la madrugada del Viernes Santo, al socaire de ese cielo único, bajo, caliente, recamado de unclón, bordado de estrellas, como otro manto aún mejor para la celestial Señora, trae a todas las gargantas el grito unánime:

—¡Ya viene la Esperanza!

Real Archicofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno del Paso y María Santísima de la Esperanza

- | | |
|---|---|
| Hermano Mayor:
Don Manuel García del Olmo. | Vocal segundo:
Don Antonio Baca Aguilera. |
| Primer Teniente Hermano Mayor:
Don Matías Abela Benito. | Vocal tercero:
Don Esteban Zorrilla del Cid. |
| Segundo Teniente Hermano Mayor:
Don Pedro Rico Camacho. | Vocal cuarto:
Don Modesto Escobar Rozas. |
| Mayordomo primero:
Don Francisco V. Medina. | Vocal quinto:
Don Ricardo Almendo de las Peñas. |
| Mayordomo segundo:
Don Ricardo Jurado Centurión. | Vocal sexto:
Don Vicente Caffarena |
| Fiscal:
Don Miguel Bresca Roquero. | Consejeros:
Don Sebastián Souviron
Don José Mena López.
Don Juan Gallego Gallego.
Don Luis Ramírez Ballesteros. |
| Secretario primero:
Don Antonio Bujalance | Don José M. Avila P.a.
Don Isidoro Navarro Navas.
Don Manuel Navarro Noguerol.
Don Miguel Puertes Valmaseda. |
| Secretario segundo:
Don Carlos Gómez Raggio. | Don Antonio Gaspar Frias.
Don Andrés García Saro. |
| Tesorero:
Don Carlos Milla y Fonsdeviela. | Diputados:
Don Antonio Bueno Muñoz.
Don Fernando Navarro Navas. |
| Contador:
Don Manuel Marras Valdeirrama. | Don Carlos Lemothe Tijón.
Don Jorge Eo-García
Don Pedro José Rizo Jmenez. |
| Albacea General:
Don Manuel Marín Zaragoza. | Don Alberto García González.
Don Emilio Ruiz Ercevo.
Don José Marras Valdeirrama.
Don Manuel Nogueira |
| Albacea de Cullos:
Don Federico Ruiz Segura. | |
| Albacea de Procesión:
Don Francisco Moreno | |
| Albacea de Procesión:
Don Rogelio Malaussena | |
| Arquivero:
Don Juan Carreras Vegas. | |
| Vocal primero:
Don José Guerrero Schaezinger. | |

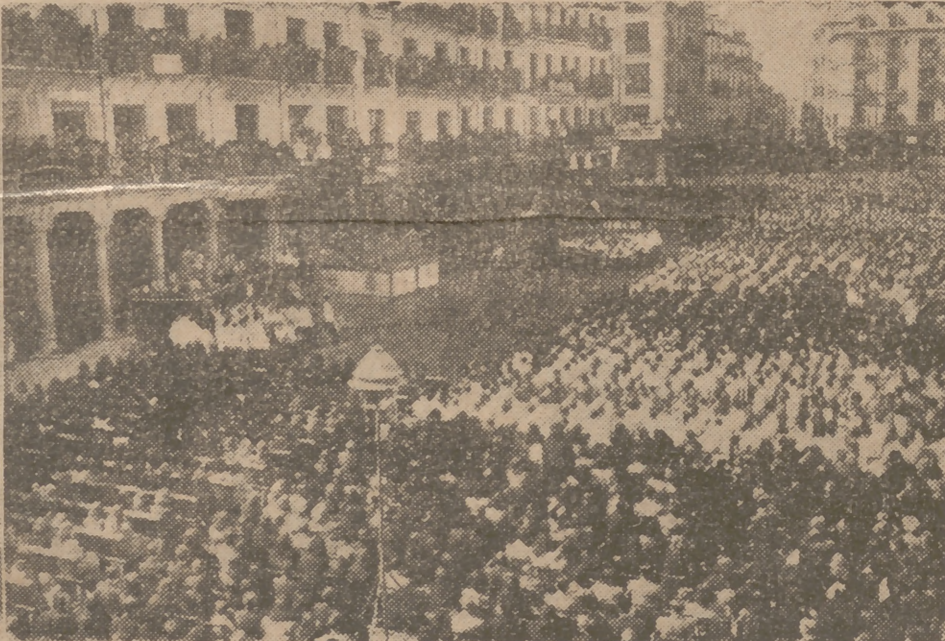


Impresionante y sublime

la Semana Santa de

VALLADOLID

HAY, lector, una ciudad en Castilla donde los hombres se funden en una sola alma y los hogares y las calles se convierten en un solo templo; donde el esplendor de los actos religiosos y de las procesiones, ya famosas en el siglo XV, constituyen el espectáculo más impresionante y sublime. Ciudad de tradiciones gloriosas, que en los días de la Semana Mayor, tan españoles, se alza hasta los límites más altos de lo espiritual, mostrando al mundo la verdad del fervor castellano y la maravilla de un arte sin igual, que año tras año, siglo tras siglo, recorre sus calles en una exposición única de fe. Es Valladolid, lector, que en su Semana Santa—arte, religiosidad, silencio—te ofrece las emociones y los recuerdos más puros y duraderos...



DE las alegres tierras meridionales subimos a la austeridad de la meseta castellana. Otro cielo más alto, más transparente, más cristalino en su desvaído azul rayado por el vuelo de los vencejos; otro suelo, entre pardo y pajizo, a ratos quebrado por alcornoques y olivos de liviana traza, con ríos en cuyas sosegadas aguas se pintan las nubes volanderas; otros horizontes, los de aquí vastos, infinitos, con la ceniza de los álamos y los chopos en la lejanía; otros hombres, éstos castellanos de grave continente y severa traza, con algo de talla de madera en sus rostros cetrinos; otras (¿por qué no decirlo?) almas ligadas muy superficialmente a lo terreno, indiferentes a la sensualidad y a la molición, sinceras y apasionadas; y, por último, otros santos. Lo decimos con palabra extraída de un vocabulario infantil que aún no ha muerto en nosotros. Si: otros "santos", otras imágenes, otra personificación o representación material de seres celestiales.

Tropezamos aquí con la sede de la imaginaria castellana y con su más perfecto cultivador: el gallego Gregorio Hernández. Las tallas de Hernández, aun siendo pura forma, se desentendían de esta delicia por la forma que es tan patente en la escuela andaluza. Decía Unamuno que el Escorial, clave y explicación o raíz esotérica de la plástica hispana, era el desnudo en arquitectura. Sorprendemos el mismo sentido de la desnudez limpia de arriquiteos y arabescos en estas tallas de Gregorio Hernández, cuya suma simplicidad descubre los estados de ánimo de los modelos. Diríase que la arquitectura formal, la envoltura externa vive sólo como un leve pretexto para que asome a estos

rostros el dolor del presentimiento, la angustia del martirio, la sombría desesperanza de la soledad. Los santos castellanos lo expresan todo por la prodigiosa y casi divina técnica de quien los talló en la madera, y lo expresa con fuerza insuperable, porque de cierto el alma se asoma a la materia como un rostro vivo y se pone en comunicación con nosotros sin la mediación de los sentidos.

Se ha hablado mucho del realismo castellano, de su modo casi ingenuo de copiar las formas circundantes. ¿Será esto exacto? ¿No nos engañará la aparente simplicidad de los medios técnicos y no confundiremos la sobriedad expresiva con el cafoe un poco servil de la naturaleza? A nuestro juicio no hay nada más lejos del realismo que esta aptitud de los escultores para proporcionar un alma al cuerpo en que han copiado los trazos de un vecino suyo, labriego o artesano.

Por este conjunto de circunstancias la Semana Santa de Valladolid difiere por modo considerable de lo que vemos en Andalucía. En este último lugar advertimos un culto magnífico, arabesco, plateresco y barroco, hecho con sedas, terciopelos, oros y encajes; las mismas tallas descubren la morbida inquietud de sus creadores. Castilla está muy apartada de esos lujos. Sus imágenes no pueden competir con las andaluzas desde un punto de vista estrictamente decorativo; pero en cuanto a la impresión puramente estética... ¡qué profunda emoción!

Desde el punto de vista artístico, la cumbre de la Semana Santa española está en Valladolid y en sus procesiones del Viernes Santo: la del Entierro y la

de la Soledad, muy principalmente. Un poco antes asistimos al desfile de la procesión de la Piedad, camino de la cárcel y del hospital. Valladolid se traslada a los suburbios de San Pedro y de la Magdalena con el mensaje de la solidaridad humana para los perseguidos por la justicia y por el dolor. Con parecida emoción escuchamos el sermón de las Siete

Palabras en la plaza Mayor, convertida momentáneamente en recinto religioso; en el centro, el grupo del calvario, a la izquierda la tribuna del predicador, y a ambos lados y enfrente la muchedumbre de fieles sentada en los propios bancos de la iglesia, que por un momento han dejado su emplazamiento natural para invadir la calzada.

Luego, en las últimas procesiones de la tarde las tallas de Gregorio Hernández y Juan de Juni avanzan lentamente por Fuente Dorada, por la evocadora plaza del Ochavo, frente a esa calle filipésca de Platerías, donde la carga de la Historia suscita en nosotros evocaciones de mil lecturas. Y así vemos el "paso" de Jesús atado a la Columna, una de las creaciones más típicas de Gregorio Hernández; la Flagelación del Salvador por tres sayones, mientras un soldado lee la sentencia de muerte dictada por Poncio Pilatos; el Ecce Homo o Cristo de los Artilleros, imagen de desgarrador patetismo; la Verónica enjugando el Divino Rostro, junto a ese inefable anacronismo del romano vestido a la usanza española del siglo XVII; el Nazareno en una de sus caídas (le alumbran 300 cofrades con túnica y capirote de terciopelo morado y cruz y cingulo amarillo); el grupo del Despojo; el tremendo Cristo del Perdón, exangüe, ensangrentado y arrodillado; la Elevación de la Cruz; la Crucifixión... Y de las figuras secundarias de la Pasión, la Virgen y San Juan, en el paso de este nombre o la Dolorosa de la Cruz, acaso la obra más genial de Hernández. A los pies de su Hijo crucificado aparece la Virgen sentada, con los brazos abiertos, la cabeza levantada en actitud de suprema angustia. La escoltan los cofrades de la Santa Vera Cruz, con sotana negra, capa verde y peto negro. Y la Quinta Angustia, con San Juan y la Magdalena, para completar el "paso", y la Inmortal Piedad del Museo Nacional de Escultura, y la Virgen de los Cuchillos, debida a la gubia de Juan de Juni... Y todavía hemos de doblar la cabeza al "paso" del Santo Entierro, con sus Cristos yacentes, de Gregorio Hernández, o el grupo inolvidable en que Juan de Juni inmortalizó para la tierra las siete figuras de la Pasión: Cristo y la Virgen, las dos Marías, Magdalena y Salomé, José de Arimatea y Nicodemo...

Desfile de arte excepcional el del Viernes Santo de Valladolid. La gran ciudad justifica su tradición artística como relicario de la mejor imaginaria española.

En el corazón de la VIEJA CASTILLA

EN el corazón de la vieja Castilla, junto al río Pisuerga, y con un alma enlazada por completo a la formación y la historia de este reino, se alza la antigua ciudad de Valladolid. Sobre los cimientos de otra ciudad romana nació la pseudoárabe Valladolid, cuya orlunzede musulmana no parece tan cierta como su primera aparición en la historia castellana, en tiempos del conde Ansuruz. Ciudad insignificante si las hay en España, Valladolid figura constantemente en las páginas de las viejas crónicas por ser Corte, como teatro de acontecimientos reales, como escenario de las banderías de los nobles contra la corona, como base de empresas contra el moro y aun como sede literaria en un momento de la Edad Media, en que el cultivo de las bellas letras fue uno de los más agradables entretenimientos cortesanos.

De sus riquezas monumentales —vestigios de tantas épocas y de tan diversos estilos— no hemos de hablar aquí. La Catedral, Santa María la Antigua, el Colegio de Santa Cruz, el Monasterio de San Pablo, el Colegio de San Gregorio—maravilla de las postriquerías del gótico—, la Universidad, churrigueresca, y tantas y tantas otras maravillas dan a Valladolid un excepcional interés artístico, que, unido al puramente histórico en casas como la de los Aldabas, la de los Viveros, la de los Pimentels, etc., hacen de esa ciudad prócer lugar digno de la predilección del turista. Si a esto agregamos que la población de Valladolid se aproxima a los 150.000 habitantes, con todas las comodidades proporcionadas a las ventajas de cualquier gran aglomeración humana, que cuenta con hoteles de primerísimo orden, magníficos teatros, cafés suntuosos y cuanto puede requerir para su comodidad y su entretenimiento el turista más exigente, justificaremos las sinceras alabanzas que aquel nombre merece de cuantos hemos pasado por sus calles.



Dice Francisco de Cossío, a propósito de la imaginaria CASTELLANA

"Todas las buenas figuras de la Pasión—Simón Ciríneo, la Verónica, María Magdalena, San Juan—son retratos de buenos castellanos, de hombres que el artista ha sorprendido en los caminos, en las ventas, en el campo... Labriegos y artesanos españoles del siglo XVII. Mujeres del pueblo en cuyos semblantes se refleja el dolor auténtico que en ellas produciría el relato de la Pasión del Señor, brotando de los labios de fray Luis de Granada.

Simón Ciríneo es un labrador tan sereno, tan noble, tan bondadoso, que entenece con la delicadeza que toma la Cruz, la generosidad con que presta la ayuda. La Verónica es una mujer del pueblo, en actitud de desmayo, que extiende el paño donde ha de grabarse la sagrada efigie, en una queja inmensa, en un alarido. Y los buenos servidores de la Pasión, Nicodemo, Simón de Arimatea, María Salomé, María Magdalena..., San Juan y la Virgen, todos florando en torno al cuerpo inerte, enjugando la sangre de Cristo en pañuelos que son de madera y parecen de hilo finísimo, tan livianos, que hay que tocarlos para convencerse de la materia. Y todos con caras conocidas, caras de buenas gentes castellanas que interpretan el drama de la Pasión, como si realmente fuesen actores auténticos, como si la Pasión de Cristo hubiese ocurrido en Castilla en 1600."





LORCA

tiene una Semana Santa incomparable

Sus procesiones son **DESFILES BIBLICOS** de gran originalidad

LA RIVALIDAD ENTRE BLANCOS Y AZULES mantiene latente el espíritu de superación

Por su originalidad; por su belleza incomparable, fruto de un derroche de riqueza y arte, exhibido con el mayor de los entusiasmos, puesto al servicio de cada Hermandad o Paso, las procesiones de Semana Santa de Lorca son en todo distintas a las que se celebran en el resto de España, no pudiendo parangonarse con otros actos similares de ciudad alguna, ya que éstas representan la evocación sublime de la clásica antigüedad, plasmada con todo lujo y dentro de la más real fidelidad a la historia que se representa. Por ello, más que procesiones pasionales, podríamos considerarlos desfiles bíblicos, puesto que en ellos figura todo el ambiente de los guerreros pueblos del Antiguo y Nuevo Testamento, asirios, egipcios, romanos, con sus más salientes personajes, hechos figuras vivientes, sobre soberbios corceles o sobre inquietas cuadrigas de guerra y magníficas carrozas alusivas a motivos o escenas de su época, representadas en sus triunfales momentos de riqueza, de arte y de pasión. Entre los personajes que figuran en esta sin igual cabalgata, podemos mencionar por su significación algunos como Débora la Profetisa, sobre lujoso caballo y tocada de gran manto que arrastra y que, acompañada del guerrero Barac y de sus soldados, camina contra Sisara, el enemigo del pueblo de Israel. Emperadores como Tiberio, Vespasiano y otros, sobre victoriosas cuadrigas: cortes fastuosas de reinas: Cleopatra, Ester, Nitokris, con sus pirámides junto al Nilo, y Belkis, la legendaria reina de Saba, en cuyo trono figuran los dos leones que regalara a un invicto Emperador de la época. Estas figuras van precedidas de sus prefectos y Emperadores, Marco Antonio; Nerón, en su carroza alegórica al anfiteatro romano; Nabucodonosor, rey de Babilonia; Salomón, y otros dignatarios, tomados del Apocalipsis de San Juan, como Vambises, Ciri, Mahoma, Atila y Alejandro, e infinitos más que harían interminable esta breve crónica, esbozo limitado de lo que son en realidad estos desfiles procesionales. Este cortejo, que Lorca guarda con orgullo como su mejor reliquia y lanza a la exhibición en sus fiestas primaverales, se debe al espíritu de superación constante que ha animado a cuantos a través de los años han constituido los pilares firmes de estas Hermandades, siempre predispuestas a la emulación y a la competencia en noble lucha por el triunfo, enriqueciendo en su ininterrumpido pelear por el predominio de blancos o azules, los tesoros artísticos de sus respectivos Pasos; y así, por ejemplo, estas Cofradías cuentan hoy, con mantos, trajes, carrozas, que son monumentos erigidos a hechos salientes de aquellas civilizaciones, y, en la parte religiosa, estandartes, tronos e imágenes de incalculable valor, como son estos que presentamos en los gráficos adjuntos. Entre ellos, los estandartes del Reflejo de la Dolorosa y el Paño de las Flores o la Oración del Huerto, ambos de sublime religiosidad y de depurado arte, debido al de la mujer lorquina, maestra excelsa del bordado y artesana incansable y desinteresada, que sabe ir dejando retazos de su corazón y de su dulzura en los rasos y terciopelos, pasados una y mil veces por la fina aguja enhebrada en sedas multicolores o en oro en sus distintos matices, hasta convertirlos en lujosos tapices, tan limpiamente acabados que, a no ser porque el tacto nos convenciera de ello, mil veces juraríamos eran obras producto del más depurado artífice del arte pictórico. Y esta admiración la recibieron cuantos en aquella célebre Exposición Internacional de Sevilla visitaron el pabellón donde se encontraban los mantos de las Vírgenes de los Dolores y de la Amargura, los cuales se lucen anualmente en nuestras procesiones. Y esa admiración la reciben cuantos nos visitan en fiestas y ven desfilar centenares de trabajos como los que presentamos en esta información, y esa admiración la siente el pueblo de Lorca, que goza en delirio y reclama para su Paso el mayor triunfo con qué olvidar y ver recompensados todos los sudores y trabajos sin cuento que ha costado llevar a la realidad un sueño oriental como este de nuestras cabalgatas. Y éstas son las procesiones de Lorca: lujo, colorido, arte, pasión enfervorizada por los motivos de cada Paso, que tornase en sentimiento y éxtasis eucarístico, cuando, después del Paso de los grupos bíblicos que integran cada cofradía, hacen su aparición las imágenes titulares de las mismas en resplandecientes tronos, hoy ya comparados con los de otras ciudades de acreditada fama. Y así el preciado galardón de nuestra originalidad crece rápidamente por el ámbito nacional y nuestras fiestas de Semana Santa son conocidas y admiradas cual corresponde a su celebridad bien conseguida.

Alcázar G. DE LAS BAYONAS



"Salomón" es una de las figuras bíblicas que, con ricos atavíos, figura en los desfiles procesionales de Lorca.



Detalle central del llamado "Paño de las Flores", estandarte del "paso" Blanco.

Lorca es una de las ciudades más atractivas e interesantes de España

El venerable Madoz—que el año próximo cumple su primer centenario—dedica a Lorca tres páginas y media. Le atribuye, con su término jurisdiccional, una población de 11.482 vecinos. Con la minuciosidad peculiar en el viejo Diccionario describe sus cuatro fuentes públicas, "de excelentes aguas". Entonces habla en Lorca dos coches-diligencias. Uno salía diariamente de Lorca para Murcia "y el otro a temporadas". También había un tercero para Cartagena, con viajes bastante rápidos, aunque "no es constante en sus expediciones". Los 78 telares, los 30 molinos harineros, las dos tahonas, los dos batanes, el molino de papel de estraza, las dos grandes fábricas de aceite de linaza, las 35 de salitre, las cinco alfarerías, las cuatro tintorerías y otras manifestaciones de la actividad artesana entretienen al Madoz en la descripción de la industria local.

"Se halla resguardada del viento norte y ventilada por los demás. Goza de un clima muy apacible y sano." Señala muy minuciosamente la disposición del terreno, muy montañoso al norte de la ciudad; abundante en pinares, romeros, atochas y esparto. La espléndida vega, "cuya calidad es la más superior que puede apetecer el mejor agrónomo"; y, finalmente, marisma o zona próxima a las playas del Mediterráneo.

De cuanto dice Madoz en su obra apenas si queda en pie lo referente al espléndido emplazamiento de la ciudad, que desde la falda meridional de la Sierra de Caño desborda la llanura. Como es verdad también la loa de la huerta sin par y de la dulzura de un clima ideal para el turista. Todo lo demás se ha quedado viejo en el decurso del tiempo y por el formidable crecimiento de esta ciudad, que es hoy una de

las más prósperas y prometedoras de España. El partido judicial tiene más de 100.000 habitantes. Lo surcan dos ferrocarriles, el Alcantarilla-Lorca y el de Lorca-Granada, y carreteras bien cuidadas facilitan la comunicación del resto de España con la vieja Eliocroca del itinerario romano de Arlés a Cástulo.

Lorca, ciudad, es una espléndida muestra de la vitalidad murciana, asentada en las riquezas naturales de su vega y en la proverbial laboriosidad de sus habitantes. Mejorada profundamente en su urbanización, bien pavimentada con soberbios y suntuosos edificios, teatros señoriales y hoteles de primer orden, Lorca añade estas comodidades a las ventajas de un cielo y de un clima que hacen de ella una de las ciudades más atractivas e interesantes de España.

¡Ya llegaron!
Los **1949**
Inwicta



AL CONTADO...
¡INMEJORABLES PRECIOS!
A PLAZOS...
¡INMEJORABLES CONDICIONES!

Avenida Radio Y. A.
AVDA JOSE ANTONIO, 40

GARANTIZAMOS UN SERVICIO NORMAL A NUESTRA DISTINGUIDA CLIENTELA POR DISPONER DE GRUPO ELECTROGENO

GISBERT.—Arenal, 1.

EL PUEBLO CANTA SAETAS

PUEBLO ★
DIARIO DE LA NOCHE
Director: JUAN APARICIO
Redacción y Administración:
Barvász. 70. Teléfono 282600

La canción popular siempre es una flor sencilla, de apasionado aroma, de arrebatada delicadeza. Y, además, no se marchita nunca. Porque lo que surge lozano de la fibra del pueblo siempre tiene alma y pervive a través de las generaciones. Los hijos cantan lo que cantaron sus padres y sus abuelos. Y nuestros más remotos antepasados se incorporan indudablemente a nuestra existencia merced al milagro de una bella canción.

De entre todas las canciones, es indiscutible que la que llevamos los españoles más clavada en nuestro corazón es esta rapsodia popular, de eterno tema evangélico, que ama el silencio de la noche, que reverencia a la idolatrada imagen y que es como una herida sentimental que busca el bálsamo de los claveles, del incienso y de la fe cristiana: hemos definido a la saeta andaluza.

La fuerza emotiva de esta canción es inenarrable. Incluso los espectadores más escépticos de nuestras famosas procesiones no pueden esquivar el poder de su penetración espiritual. La saeta es un canto de nuestro despejado clima, con giros y adornos de canción morisca, de voz honda, con caricia de acento andaluz... Y en su mágico enlace hispanoarábigo reside el valor inmenso de esta oración creada por el ingenio de España para consolar el recuerdo atroz del gran drama del Gólgota.

Nuestros mejores músicos se han inspirado en el fervor multitudinario de nuestros días santos para crear inolvidables saetas. Gentes humildes y profanas han sabido asimismo volcar su sentimiento con las improvisaciones de esta aguda canción. Por eso nuestro diario PUEBLO quiere rendir hoy en esta página un ferviente homenaje al arte español, a la poesía religiosa, a la música popular y sacra que, por auténtico milagro de Dios, hace que el cielo de nuestra noche sea también profundamente azul en la singular Semana Santa española.

Llevas mi alma prendida en tus manos, Nazareno. ¡Ay!, quién pudiera consolarle de tu sudor en el Huerto. <i>Luisa ROSILLO GONZALEZ (De Córdoba)</i>	Del suplicio a la cumbre vas tú subiéndolo... Hasta el sol con sus lumbres se va escondiendo. <i>Francisco TOBRES (De Valencia)</i>	Madre de Dios, dulce y tanta, mi saeta es oración que no canta mi garganta, la reza mi corazón. <i>Manuel ZORRO LEAL (De Córdoba)</i>
Por la sangre que en la Cruz manchó tu divina faz, haz que los hombres se quieran para que reine la paz. <i>Angel de DIEGO FERNANDEZ (De Madrid)</i>	La sangre de tu costado regenera y purifica, ¡perdóname mis pecados con tu caridad infinita! <i>Mariano MARTIN MARTIN (De Málaga)</i>	Lo llevaban viles gentes impías, como a un ladrón, y en la cruz, ingrátamente, claváronle sin compasión. <i>Miguel PEREZ GALLEG0 (De Madrid)</i>
Dolorosa, Dolorosa, que infinito es tu dolor. Esos cuchillos desgarran hoy también mi corazón. <i>Manuel NUÑEZ (De Valdepeñas)</i>	Jesucristo que en la cruz fué tu sangre derramada. ¡Haz, señor, que dé su fruto dándonos la paz ansiada! <i>Concepcion FERNANDEZ (De Madrid)</i>	Ya viene muerto en la cruz el mejor de los nacidos. ¡Mis ojos quedan sin luz, mi corazón sin latidos! <i>Carmen G. GONZALEZ (De Elche)</i>
Los hombres te abofetean y te coronan de espinas; los hombres se vuelven fieras; ángeles, las golondrinas. <i>Flora LERIDA (De Valdepeñas)</i>	Tu sangre inocente diste por librarnos del pecado, y al mundo tu redimiste muriendo crucificado. <i>Antonio ROMERA MORENO (De Jaén)</i>	Quiero sufrir el delirio, Señor, de tus mil dolores y ofrecerte mi martirio y merecer tus amores. <i>Antonia CARO BORRERO (De Córdoba)</i>
Con la Cruz de mis pecados han cargado al Redentor; dejadme que yo le ayude y mitigue su dolor. <i>Pilar ARROYO DE AVILES (De Madrid)</i>	Mírame, Madre, y perdona que te cante en este estilo: es flamenco y sale hondo y va el alma en un suspiro. <i>Angelia SANCHEZ LOZANO (De Madrid)</i>	Sufrir dura penitencia y luego morir prefieres. ¡Qué humildad y qué paciencia, Señor, que todo lo puedes! <i>Angel FERRER DE LEON (De Córdoba)</i>
Pon en mi pena tu mano y éntate en mi corazón, Cristo bueno, soberano, de la Pena y del Perdón. <i>Magdalena MAYORAL (De Huelva)</i>	Convirtió a los descreídos, enseñó a los ignorantes; después le crucificaron junto con dos maleantes. <i>José MIGOYA (De Madrid)</i>	En el Huerto le prendieron y en el Calvario murió; y desde el Huerto al Calvario lo amargo de su Pasión. <i>José Antonio MADERO (De Ecija)</i>
Déjame llevar tu cruz, ¡Oh Jesús Crucificado! que quiero pagar mis culpas con el madero pesado. <i>Lorenzo AGUDO MENDEZ (De Talavera)</i>	Pena de las siete penas, siete puñales tenía, con siete puños de plata, el Corazón de María. <i>Domingo MANFREDO (De Huelva)</i>	Mira si es digno de pena el pobrecito Jesús... que va subiéndolo al Calvario y lleva a cuestras la Cruz. <i>Jesús TORAL PASCUA (De Madrid)</i>
Silencioso se halla el cielo llorando amargas blancas, que coge en sus ojos tristes la Virgen de la Esperanza. <i>Agustín ARNAIZ DEL POZO (De Madrid)</i>	En una nubecita negra, madre, el sol se oscureció; por no contemplar la muerte del Divino Redentor. Madre, sonaba el martillo, madre, que a Cristo clavó. Madre, si serían verdugos que no sienten compasión. ¡Qué malo tuvo que ser quien le dió a beber vinagre, estando muerto de sed! <i>Juan DIAZ SANCHEZ (De Ecija)</i>	Caiga del tallo la flor y deje la estrella el cielo, que una alfombra de consuelo tenga Cristo en su dolor. <i>José LINARES ROJAS (De Córdoba)</i>
En tus ojos la dulzura, en tus labios el perdón, en tu frente santa y pura los surcos de la amarguara, Cristo de la Expiración. <i>Sixto GARCIA ROJAS (De Linares)</i>	Perdón para tus verdugos pediste desde la cruz, también perdón yo te pido; no me lo niegues, Jesús. <i>Juan TORRADELLA (De Vitigudino)</i>	Por ese sudor sangriento que baña tu santa faz, a este mundo violento concede, Cristo, la paz. <i>Regina GARCIA (De Madrid)</i>
Perdón para tus verdugos pediste desde la cruz, también perdón yo te pido; no me lo niegues, Jesús. <i>Juan TORRADELLA (De Vitigudino)</i>	Por ser, Jesús, todo amor, perdonaste a tus fieras; vuélvelos a la razón para que lloren sus penas. <i>Luis MARTIN DEL MORAL (De Madrid)</i>	Yo quise labrar cadenas de tus Penas y Amargas, y me han vuelto azucenas al besar tus manos puras. <i>Adela MEDINA (De Cádiz)</i>
Como Gloria tú nacistes, Como reo te condenaron, como hereje te escupieron, como Rey te coronaron. <i>Francisco TALBARIAN (De Talavera de la Reina)</i>	En la cruz de mis pecados han clavado al Redentor, yo te quisiera bajar y consolar tu dolor. <i>Ricardo AVILES ARROYO (De Madrid)</i>	De tu cruz, en la madera, manchas de sangre se ven... ¡Jesús mío..., quien pudiera tener tu sangre también! <i>José PELLISSO (De Valencia)</i>

